

Cómo funciona el mundo

Conversaciones con David Barsamian

Noam Chomsky

Editado por Arthur Naiman

Traducido por María Victoria Rodil

Serie Ensayos



Primera edición, 2012

© Katz Editores

Benjamín Matienzo 1831, 10° D

1426-Buenos Aires

Calle del Barco 40, 3° D

28004-Madrid

www.katzeditores.com – info@katzeditores.com

© Capital Intelectual S.A.

Paraguay 1535 (1061), Buenos Aires, Argentina

Teléfono: (+54 11) 4872-1300 – Telefax: (+54 11) 4872-1329

www.editorialcapin.com.ar – info@capin.com.ar

Esta obra fue publicada originalmente en inglés por Counterpoint,

bajo el título *How the World Works*, by Noam Chomsky

Copyright © 1986-2011, by Noam Chomsky

ISBN Argentina: 978-987-1566-70-9

ISBN España: 978-84-92946-46-4

1. Ensayo Político. I. Rodil, María Victoria, trad. II. Título
CDD 320

El contenido intelectual de esta obra se encuentra protegido por diversas leyes y tratados internacionales que prohíben la reproducción íntegra o extractada, realizada por cualquier procedimiento, que no cuente con la autorización expresa del editor.

Diseño de colección: Pablo Salomone y Maru Hiriart

Impreso en la Argentina por Talleres Gráficos Artesud

Hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Índice

Sobre el autor 7

Nota del editor 11

Lo que realmente quiere el Tío Sam 15

Pocos prósperos, muchos descontentos 87

Secretos, mentiras y democracia 153

El bien común 233

Índice general 355

Nota del editor

Este libro, compuesto de conferencias y entrevistas que atravesaron un proceso intenso de revisión y corrección, ofrece un material que no es fácil de encontrar: las opiniones de Chomsky en su estado más puro, con cada una de sus ideas fascinantes y de sus reflexiones agudas en condiciones intactas, presentadas con un lenguaje claro, accesible y sencillo de comprender.

El concepto de este material surgió cuando escuché hablar a Chomsky en la radio KPFA de Berkeley y advertí que esos pensamientos resultaban muchísimo más comprensibles cuando los pronunciaba en voz alta que cuando yo los leía en sus libros. Entonces, le escribí para proponerle compilar yo mismo algunas de esas entrevistas en un volumen breve, de tono informal. Chomsky aceptó y

me puso en contacto con David Barsamian, que venía grabando las conferencias y entrevistándolo desde 1986, como aún lo hace.*

A partir de las transcripciones de siete conferencias y entrevistas que me dio David, pasé unos cuantos meses agrupando las distintas ideas que Chomsky había planteado en diferentes momentos sobre una gran variedad de temas. Después, seleccioné a mi juicio las mejores expresiones de esos pensamientos, descarté las repeticiones que resultan inevitables cuando uno habla de los mismos asuntos en fechas muy separadas, volví a reunir todo el material para darle coherencia y le envié el producto final a Chomsky para que hiciera las últimas correcciones. Entonces, él agregó material nuevo por escrito para complementar, ampliar y clarificar mi selección.

Con este método, produjimos cuatro libros: *Lo que realmente quiere el tío Sam; Pocos prósperos, muchos descontentos; Secretos, mentiras y democracia*, y *El bien común*. Al parecer, esta nueva versión de Chomsky, más dialogada, generó mucha demanda, porque los cuatro volúmenes vendieron un total de 539.000 ejemplares en Estados Unidos.

Al principio de nuestro trabajo en conjunto, yo no sabía muy bien cuál sería la mejor manera de presentar el material, así que para el primer libro opté por eliminar las preguntas de David, que en los otros tres volúmenes sí están incluidas con una tipografía diferente (al igual que las preguntas telefónicas de los radioescuchas).

En esta compilación, el material está ordenado cronológicamente según la fecha de publicación. En cuanto a los nombres de personas y los términos que los lectores pueden desconocer, intenté definirlos la primera vez que se mencionan. Las notas explicativas de ese tipo figuran entre corchetes.

Algunos de los libros originales contenían material complementario, como notas, títulos de otros libros del autor, listas de organizaciones con las que se puede colaborar, etcétera. Si bien las ideas de Chomsky no han perdido vigencia, ese material adicional resulta obsoleto en la mayoría de los casos, de modo que no está incluido en este volumen.

* Alternative Radio Series, el programa de radio de Barsamian, se transmite por ciento cincuenta estaciones radiales de distintas partes del mundo y ofrece descargas de audio en formato mp3, CD y transcripciones de cientos de entrevistas y charlas con Chomsky y muchos otros pensadores progresistas; <<http://www.alternativeradio.org>>.

Aunque las conferencias y las entrevistas compiladas datan de la década de 1990 (o incluso de fines de la de 1980), los lectores descubrirán que las reflexiones de Chomsky son más profundas que cualquier otro material que puedan leer en los periódicos o escuchar en radio y televisión hoy en día. Los análisis que presenta son tan incisivos y sagaces que con el tiempo se vuelven cada vez más actuales y sorprendentes. Los invito a leer algunas páginas para ver si coinciden conmigo.

Arthur Naiman

Lo que realmente quiere el tío Sam

Primera edición: 1992

15 ediciones en Estados Unidos

11 ediciones en otros países

244.000 ejemplares impresos

Lo que realmente quiere el tío Sam

Los objetivos principales de la política exterior estadounidense

Proteger nuestro terreno

Obviamente, las relaciones entre Estados Unidos y otros países se remontan a los orígenes de la historia estadounidense, pero la Segunda Guerra Mundial fue un verdadero punto de inflexión, así que vamos a comenzar por ahí.

Mientras que la guerra había destruido o debilitado seriamente a la mayoría de nuestros rivales comerciales, Estados Unidos había obtenido beneficios enormes. Nuestro territorio no había sufrido ningún ataque y la producción nacional había crecido más del triple.

Incluso antes de la guerra, Estados Unidos ya era por lejos la primera nación industrializada del mundo y ocupaba ese puesto desde principios del siglo xx. Sin embargo, después de la guerra contábamos con el 50% de la riqueza mundial y controlábamos ambos lados de los dos océanos. Era la primera vez en la historia que una potencia concentraba un poder de control tan completo del mundo y tenía tanta seguridad.

Los encargados de definir las políticas estadounidenses tenían plena conciencia de que su país saldría de la Segunda Guerra como la primera potencia global de la historia y durante el conflicto se dedicaron a planificar en detalle cómo iba a ser el mundo de la posguerra. Como la nuestra es, en efecto, una sociedad abierta, hoy tenemos acceso a sus planes, que eran muy claros y directos.

Los funcionarios de planificación pertenecientes a distintos organismos, desde el Departamento de Estado hasta el Consejo de Relaciones Exteriores (que es la principal vía de influencia del sector empresario sobre la política externa), coincidían en que había que conservar el dominio de Estados Unidos. Sin embargo, existía todo un abanico de opiniones sobre lo que había que hacer para lograrlo.

En el extremo más duro, encontramos documentos como el Memorándum N° 68 (1950) del Consejo Nacional de Seguridad, que plasmaba las ideas de Dean Acheson, el secretario de Estado, y había sido redactado por Paul Nitze, que representó a Reagan en las negociaciones por el control de armas y aún sigue con vida.* El memorándum planteaba la necesidad de una “estrategia de retroceso” que regara “las semillas de la destrucción dentro del sistema soviético” para que luego pudiéramos negociar un acuerdo en nuestras propias condiciones “con la Unión Soviética (o sus estados sucesores)”.

Las políticas recomendadas en este documento iban a demandar “sacrificios y disciplina” dentro de Estados Unidos, es decir, un aumento considerable en el gasto militar y un ajuste en los servicios sociales. También se señalaba que iba a ser necesario superar ese “exceso de tolerancia” que permite demasiado disenso en el frente interno.

* Paul Henry Nitze (16 de enero de 1907-9 de octubre de 2004) fue un oficial estadounidense de alto de rango que colaboró en la formulación de la política de defensa de su país durante la Guerra Fría. [N. del E. en español.]

En realidad, todas esas políticas ya se estaban implementando. En 1949, las redes estadounidenses de espionaje que funcionaban en Europa del Este habían quedado a cargo de Reinhard Gehlen, ex jefe de inteligencia militar de los nazis en el frente oriental. Esas redes fueron una parte de la alianza nazi-estadounidense que pronto incorporó a los peores criminales de guerra y se hizo extensiva a distintas operaciones en América Latina y en otras regiones.

Entre esas operaciones estaba la formación de un “ejército secreto” bajo el patrocinio de la alianza nazi-estadounidense que tenía como objetivo ofrecer agentes y provisiones militares a las fuerzas creadas por Hitler que todavía funcionaban dentro de la Unión Soviética y en Europa del Este durante los primeros años de la década de 1950. (Éste es un dato conocido en Estados Unidos, pero se lo considera insignificante, aunque más de uno se indignaría si se diera vuelta la tortilla y se descubriera que, por ejemplo, la Unión Soviética ofreció agentes y provisiones a ejércitos creados por Hitler y asentados en las Rocallosas.)

El extremo liberal

El memorándum NSC 68 representa lo más extremo de la derecha, pero no olvidemos que esas políticas no eran sólo teóricas: muchas de ellas se estaban implementando concretamente.

Ahora pasemos al otro extremo: los liberales.* El personaje principal era sin duda George Kennan, jefe del sector de planificación en el Departamento de Estado hasta 1950, cuando lo reemplazó Nitze. Casualmente, durante el mandato de Kennan se formó la red de Gehlen.

Kennan fue uno de los encargados de planificación más lúcidos e inteligentes del país y su figura fue muy importante en la configuración del mundo de la posguerra. Sus escritos son una representación interesantísima de la postura más “blanda”. Un documento que no se puede dejar de leer para entender lo que sucedió es el *Policy Planning Study 23*, redactado por Kennan para el personal de planificación en el Departamento de Estado en 1948. Entre otras cosas, dice lo siguiente:

* El término “liberal” posee un significado particular en Estados Unidos, donde suele asociarse con posiciones progresistas, partidarias de la intervención del Estado en la economía y de políticas redistributivas, posición que en otros países es identificada con la tradición socialdemócrata. [N. del E. en español.]

Tenemos el 50% de la riqueza mundial pero apenas el 6,3% de la población [...]. En esta situación, es imposible que no seamos objeto de envidia y resentimiento. Nuestra tarea para el período que se avecina es formular un modelo de relaciones que nos permita mantener esta posición de disparidad [...]. Para eso, tendremos que prescindir del sentimentalismo y las fantasías y concentrar toda nuestra atención en nuestros objetivos inmediatos a nivel nacional [...]. Debemos dejar de hablar sobre objetivos imprecisos e irreales como los derechos humanos, las mejoras en el nivel de vida y la democratización. No está lejos el día en que tendremos que empezar a aplicar conceptos más directos relacionados con el poder. Cuanto menos nos obstaculicen las consignas idealistas, mejor.

Obviamente, éste era un documento ultra confidencial. Para sosegar a la población, había que proclamar esas mismas “consignas idealistas” (como aún ocurre constantemente), pero este material era una comunicación entre los propios funcionarios de planificación.

En la misma línea, otro documento de 1950 que Kennan redactó para los embajadores estadounidenses en América Latina señala que la política exterior del país debe preocuparse por “la protección de nuestra materia prima [es decir, la materia prima latinoamericana]”. Por lo tanto, era necesario combatir una herejía peligrosa que, según los informes de inteligencia, se estaba propagando por todas las naciones latinoamericanas: “la idea de que el gobierno tiene una responsabilidad directa por el bienestar de la población”.

Para los funcionarios de planificación de Estados Unidos, esa idea representa el comunismo, sea cual sea la postura política de las personas que la defienden. Aunque pertenezcan a un grupo religioso de autoayuda, si apoyan esa idea, son comunistas.

Esta posición también queda manifiesta en documentos de acceso público. Por ejemplo, según los informes de un grupo de estudio de alto nivel creado en 1955, la amenaza fundamental de las potencias comunistas (el verdadero sentido del término “comunismo” en la práctica) es su negativa a desempeñar un rol de servicio, es decir, “a complementar a las economías industriales de Occidente”.

En el documento de Kennan se explicaban de la siguiente manera los métodos que se debían aplicar contra los enemigos que cayeran presos de esa herejía:

La respuesta final tal vez resulte desagradable, pero [...] no debemos vacilar ante la posibilidad de la represión policial por parte del gobierno local. Esto no es una vergüenza, ya que los comunistas son en esencia traidores [...]. Es mejor tener un régimen fuerte en el poder que un gobierno liberal indulgente, permisivo y penetrado por el comunismo.

Sin embargo, las políticas de este tipo no nacieron con los liberales de posguerra como Kennan. Como ya señalaba el secretario de Estado de Woodrow Wilson treinta años antes, el significado operativo de la doctrina Monroe es que “Estados Unidos considere sus propios intereses. La integridad de las demás naciones americanas es un incidente, no un fin”. Wilson, el gran apóstol de la autodeterminación, reconocía que el argumento era “indiscutible”, aunque resultaría “poco político” manifestarlo en público.

Además, Wilson accionó sobre la base de esa idea cuando invadió Haití y la República Dominicana, donde sus soldados asesinaron y destruyeron todo a su paso, demolieron el sistema político, dejaron los países en manos de las grandes empresas estadounidenses y prepararon el terreno para las dictaduras brutales y corruptas que vendrían después.

El “Área Grande”

Durante la Segunda Guerra, los grupos de estudio del Departamento de Estado y el Consejo de Relaciones Exteriores elaboraron planes para el mundo de posguerra en términos de lo que ellos mismos llamaban el “Área Grande”, que debía quedar subordinada a las necesidades de la economía estadounidense.

El Área Grande abarcaría el hemisferio occidental, el oeste de Europa, el Lejano Oriente, el ex Imperio Británico (que se estaba desmembrando), los recursos energéticos incomparables de Oriente Medio (que estaban pasando a manos estadounidenses después de expulsar a rivales como Francia y Gran Bretaña), el resto del Tercer Mundo y, en la medida de lo posible, todo el planeta. Estos planes se fueron implementando cuando surgían oportunidades.

A cada parte del nuevo orden mundial se le había asignado una función específica. Los países industriales deberían seguir el ejemplo de los “grandes fabricantes” (Alemania y Japón), que habían demostrado su proeza durante la guerra y ahora trabajarían bajo supervisión estadounidense.

El Tercer Mundo debería “cumplir su función principal como fuente de materia prima” para las sociedades capitalistas industrializadas, según lo señala un memorándum redactado en 1949 por el Departamento de Estado. En palabras de Kennan, esos países deberían ser “explotados” para la reconstrucción de Europa y Japón. (Aunque el documento se refiere específicamente al sudeste asiático y al continente africano, se trata de una postura más general.)

Kennan llegó a insinuar que Europa podría recibir un estímulo psicológico con el proyecto de “explotar” los países africanos. Naturalmente, nadie insinuó que África debía explotar los países europeos para su reconstrucción ni que eso podría levantarles el ánimo a los africanos. Estos documentos desclasificados sólo los leen los estudiosos, que al parecer no encuentran nada extraño ni indignante en su contenido.

La guerra de Vietnam surgió de la necesidad de garantizar que se cumpliera ese rol de servicio. Como los nacionalistas vietnamitas no querían aceptarlo, había que aplastarlos. La amenaza no era que pudieran conquistar a nadie, sino que dieran un mal ejemplo de independencia nacional que pudiera servir de inspiración a otros países de la región.

El gobierno estadounidense se planteaba cumplir dos grandes funciones. Por un lado, quería asegurarse el dominio en los confines más lejanos del Área Grande. Para eso, hace falta una postura muy intimidante que permita garantizar que no haya interferencias (y ése es uno de los motivos que impulsaron el desarrollo de armas nucleares). Por otro lado, debía organizar las subvenciones estatales para la industria tecnológica. Por diversas causas, el método adoptado fue en gran medida el gasto militar.

El libre comercio está bien para los departamentos universitarios de ciencias económicas y para las columnas de opinión en los diarios, pero no hay nadie que se tome en serio esa doctrina en el gobierno ni en el mundo empresarial. Los sectores de la economía estadounidense que pueden competir en el mercado internacional son principalmente los que reciben subsidios estatales, o sea, la agricultura de uso intensivo del capital (o la *agroindustria*, como se llama en la actualidad), la industria de alta tecnología, los laboratorios farmacéuticos y la biotecnología, entre otros.

Lo mismo puede decirse de otras sociedades industrializadas. El gobierno estadounidense hace que los ciudadanos paguen los proyectos de investigación

y desarrollo, además de ofrecer, sobre todo a través del sector militar, un mercado estatal garantizado para los productos de desecho. Si un producto es comercializable, lo absorbe el sector privado. Ese sistema de subvenciones públicas y ganancias privadas es lo que se denomina *libre empresa*.

Restaurar el orden tradicional

Los funcionarios de planificación de la posguerra, como Kennan, advirtieron enseguida que la reconstrucción de las otras sociedades industrializadas occidentales iba a ser fundamental para la salud del sector empresarial estadounidense, porque les iba a permitir importar productos fabricados en Estados Unidos y ofrecer oportunidades de inversión (en este caso, incluyo a Japón como parte de Occidente, de acuerdo con la tradición africana de tratar a los japoneses como “blancos honorarios”). Pero era fundamental que esas sociedades se reconstruyeran de un modo muy específico.

Había que restablecer el orden tradicional de la derecha, con el típico predominio del sector empresarial, la debilitación y la fragmentación de los sindicatos, y el peso de la reconstrucción sobre las espaldas de la clase obrera y los pobres.

El principal obstáculo para todo esto era la resistencia antifascista, así que la suprimimos en todas partes del mundo, reemplazándola con frecuencia por fascistas y colaboracionistas. En algunos casos, para eso hacía falta recurrir a la violencia extrema, pero otras veces se lograba lo mismo con métodos más blandos, como la intervención en los procesos electorales y la retención de ayuda alimentaria (todo esto debería figurar en el primer capítulo de cualquier libro que describiera francamente la historia de la posguerra, pero en realidad casi nunca se menciona).

El modelo se instauró en 1942, cuando el presidente Roosevelt colocó al almirante francés Jean Darlan en el puesto de gobernador general para todas las colonias francesas en el norte de África. Darlan era uno de los principales colaboracionistas nazis y había redactado las leyes antisemitas promulgadas por el régimen de Vichy, equivalente del nazismo en Francia. Sin embargo, fue mucho más importante lo que pasó en la primera zona liberada de Europa, el sur de Italia, donde Estados Unidos siguió los consejos de Churchill e impuso una dictadura de derecha encabezada por el mariscal Badoglio, un héroe de guerra fascista, y el rey Víctor Manuel III, que también era colaboracionista.

Los funcionarios de planificación reconocían que la “amenaza” en Europa no era una posible agresión por parte de los soviéticos, que los analistas más serios, como Dwight Eisenhower, nunca anticiparon, sino más bien un movimiento de resistencia antifascista con ideales democráticos revolucionarios, o los partidos comunistas locales, con sus atractivos y su poder político. Para evitar un derrumbe económico que incrementara la influencia de esos dos movimientos y reconstruir las economías capitalistas de Europa occidental, el gobierno estadounidense instauró el plan Marshall, que otorgó a Europa más de 12.000 millones de dólares en préstamos y subvenciones entre 1948 y 1951, fondos éstos que se usaron para comprar una tercera parte de las exportaciones estadounidenses a Europa en 1949, cuando se alcanzó el punto máximo.

En Italia, un movimiento de obreros y campesinos liderado por el Partido Comunista había logrado mantener a raya a seis divisiones del ejército alemán durante la guerra y había liberado el norte del país. A medida que fueron avanzando en territorio italiano, las fuerzas estadounidenses dispersaron a esa resistencia antifascista y restauraron la estructura básica del régimen fascista anterior a la guerra.

Además, Italia fue una de las principales zonas de influencia electoral por parte de la CIA desde su creación. A la Agencia le preocupaba que los comunistas ganaran el poder legalmente en las elecciones decisivas de 1948. Para impedirlo, se usaron muchas técnicas, incluidas la reinstauración de la policía fascista, la irrupción en los sindicatos y la retención de ayuda alimentaria, pero no terminaba de quedar claro que fuera a perder el Partido Comunista. El primer memorándum emitido por el Consejo Nacional de Seguridad, conocido como NSC 1 (1948), detallaba una serie de medidas que iba a tomar el gobierno estadounidense si los comunistas ganaban las elecciones. Una de las respuestas previstas era la intervención armada por medio de asistencia militar para las operaciones clandestinas en Italia.

George Kennan y sus funcionarios proponían la intervención militar *antes* de las elecciones, porque no querían correr riesgos, pero otros lo convencieron de que podía lograr su objetivo mediante la manipulación del proceso electoral, y finalmente tenían razón.

En Grecia, los soldados británicos hicieron su ingreso cuando los nazis ya se habían retirado. Allí impusieron un régimen corrupto que generó mayor resistencia, y Gran Bretaña, en su decadencia de posguerra, no pudo mantener el

control. En 1947 intervinieron las fuerzas estadounidenses, que respaldaron una guerra sangrienta con un saldo de 160.000 muertes.

A esta guerra no le faltaron torturas, decenas de miles de exiliados políticos, “centros de reeducación” para otras decenas de miles de griegos ni operaciones de destrucción de sindicatos u otros movimientos políticos independientes.

Grecia quedó en manos de los inversores estadounidenses y los empresarios locales, mientras que gran parte de la población tuvo que emigrar para sobrevivir. Entre los beneficiados se encontraban los colaboracionistas, y las principales víctimas fueron los obreros y los campesinos de la resistencia antinazi, liderada por el Partido Comunista.

Nuestra defensa triunfal de Grecia contra sus propios habitantes sirvió de modelo para la guerra de Vietnam, como explicó el embajador Adlai Stevenson ante las Naciones Unidas en 1964. Los asesores de Reagan utilizaron exactamente el mismo modelo para describir la situación de América Central y para muchos otros lugares.

En Japón, el gobierno estadounidense lanzó el llamado “rumbo inverso” de la ocupación en 1947, que puso fin a los primeros pasos hacia la democratización adoptados por el régimen militar del general MacArthur. Estas políticas de “rumbo inverso” eliminaron los sindicatos y otras fuerzas democráticas para dejar al país en manos de los sectores empresariales que habían apoyado al fascismo japonés, un sistema de poder estatal y privado que todavía subsiste.

En 1945, cuando las tropas estadounidenses ingresaron en Corea, dispersaron el gobierno popular, compuesto principalmente de antifascistas que se habían resistido a los japoneses, y lanzaron una represión brutal empleando las fuerzas policiales fascistas de japoneses y coreanos que habían colaborado con ellos durante la ocupación.

Unas 100.000 personas resultaron asesinadas en Corea del Sur antes de que empezara lo que conocemos como la guerra de Corea. De esa cifra, entre 30.000 y 40.000 personas murieron en la represión de un levantamiento campesino dentro de la pequeña isla de Jeju.

En Colombia, por su parte, hubo un golpe de Estado fascista, inspirado por la España de Franco, que no suscitó protesta alguna por parte del gobierno estadounidense, como tampoco ocurrió con el golpe militar de Venezuela ni con el regreso al poder de un admirador del fascismo en Panamá, pero el primer

gobierno democrático en la historia de Guatemala, que se basó en el *New Deal* de Roosevelt, despertó un antagonismo feroz en Estados Unidos.

En 1954, la CIA ideó un golpe de Estado que transformó a Guatemala en un verdadero infierno. Desde entonces, el país sigue así, con intervenciones sistemáticas por parte de Estados Unidos, sobre todo en los mandatos de Kennedy y Johnson.

Para la eliminación de la resistencia antifascista se recurrió a criminales de guerra como Klaus Barbie, un oficial de la ss que había encabezado la Gestapo en la ciudad francesa de Lyon, donde se había ganado el sobrenombre de “el carnicero de Lyon”. Aunque fue responsable de muchos delitos atroces, el ejército estadounidense lo dejó a cargo del espionaje en Francia. En 1982, cuando finalmente lo trasladaron de regreso a Francia para juzgarlo como criminal de guerra, el coronel retirado Eugene Kolb del Cuerpo de Contrainteligencia del Ejército Estadounidense explicó que lo habían usado como agente porque “sus habilidades eran muy necesarias [...]. Sus actividades habían apuntado contra el partido comunista francés y contra la resistencia clandestina”, que eran blanco de represión para las fuerzas de liberación estadounidenses.

Como Estados Unidos estaba siguiendo con lo que los nazis habían dejado a medias, era lógico que emplearan especialistas en actividades contra la resistencia. Más adelante, cuando ya era difícil o imposible proteger a esos personajes útiles en Europa, muchos de ellos (incluido Barbie) fueron despachados a Estados Unidos o a América Latina, incluso con la ayuda del Vaticano y de los sacerdotes fascistas. Allí se transformaron en asesores para los regímenes militares que respaldaba Estados Unidos y que se basaban, con frecuencia abiertamente, en el Tercer Reich. Otros se dedicaron al narcotráfico, la venta de armas, el terrorismo y la docencia, ya que les enseñaban a los campesinos las técnicas de tortura inventadas por la Gestapo. Algunos de sus discípulos terminaron en América Central, lo que ofrece un vínculo directo entre los campos de exterminio y los escuadrones de la muerte, todo eso gracias a la alianza de posguerra entre Estados Unidos y la ss.

Nuestro compromiso con la democracia

En muchísimos documentos de alto nivel, los funcionarios estadounidenses de planificación manifiestan su opinión de que la principal amenaza contra el

nuevo orden mundial liderado por Estados Unidos es el nacionalismo del Tercer Mundo, que en algunos casos denominan “ultranacionalismo”, es decir, los “regímenes nacionalistas” que responden a la “demanda popular de mejoras inmediatas en los niveles de vida de las masas” y de producción para el consumo interno.

Los objetivos básicos de estos funcionarios, repetidos una y otra vez, eran evitar que esos regímenes “ultranacionalistas” llegaran al poder y, si por algún descuido, llegaban efectivamente, derrocarlos y remplazarlos por gobiernos que favorecieran las inversiones privadas de capitales nacionales e internacionales, la producción para las exportaciones y el derecho de expatriar fondos. (En los documentos secretos, esos objetivos nunca se cuestionan: son como el aire que respiran los funcionarios de planificación.)

Ahora bien, la oposición a la democracia y a la reforma social no resulta popular en el país victimizado. No se puede entusiasmar con eso a la población en general, con la salvedad de algunos grupos reducidos que tienen vínculos con las empresas estadounidenses y van a obtener ganancias.

Estados Unidos se basa en la violencia y en las alianzas con los militares (en palabras de los funcionarios de Kennedy, “los menos antiamericanos de todos los grupos políticos latinos”) para que éstos a su vez repriman a todo movimiento popular local que pueda pasarse de la raya.

El gobierno estadounidense se muestra dispuesto a tolerar la reforma social, como en el caso de Costa Rica, solamente si se eliminan los derechos sindicales y se preserva el clima para las inversiones extranjeras. Como el gobierno de Costa Rica siempre respetó esos dos imperativos fundamentales, le han permitido jugar un poco con la reforma social.

Otro problema que se señala repetidas veces en los documentos secretos es el exceso de liberalismo en los países del Tercer Mundo, sobre todo en América Latina, donde los gobiernos no mostraban demasiado compromiso con las medidas de control ideológico ni con las restricciones al movimiento, y los sistemas jurídicos eran tan deficientes que exigían pruebas para los procesamientos penales.

Este lamento es constante hasta el final del mandato de Kennedy. De ahí en adelante, los documentos todavía no fueron desclasificados. Los liberales del gobierno de Kennedy insistían en la necesidad de superar los excesos democrá-

ticos que permitían la “subversión”, con lo cual se referían, por supuesto, a que la gente pensara distinto.

Sin embargo, Estados Unidos también mostraba compasión por los pobres. A mediados de los años '50, por ejemplo, nuestro embajador en Costa Rica recomendaba que la United Fruit Company, que prácticamente gobernaba el país, introdujera una serie de “ornamentaciones más o menos sencillas y superficiales de interés humano para los obreros con un posible efecto psicológico de importancia”. John Foster Dulles, el secretario de Estado, coincidía con esta idea y le transmitía al presidente Eisenhower que para mantener a raya a los latinoamericanos había que “darles una palmadita en la espalda y hacerles creer que los queremos”.

Dado todo esto, es fácil entender las políticas estadounidenses en el Tercer Mundo. Nos hemos opuesto sistemáticamente a la democracia si no podemos controlar sus resultados. El problema con las democracias auténticas es que pueden caer presas de la herejía según la cual el gobierno no debe responder a las necesidades de los inversores estadounidenses, sino a las de su propia población.

De acuerdo con un estudio sobre el sistema interamericano publicado por el Royal Institute of International Affairs de Londres, aunque Estados Unidos se llena la boca hablando de la democracia, su verdadero compromiso no es con ella sino con “el modelo de la empresa privada capitalista”. Cuando se ven amenazados los derechos de los inversores, la democracia tiene que desaparecer. Si salvaguardan esos derechos, los asesinos y torturadores pueden quedarse.

Con el apoyo o incluso la intervención directa de Estados Unidos, fueron derrocados los gobiernos parlamentarios de Irán en 1953, de Guatemala en 1954 y en 1963 (cuando Kennedy respaldó un golpe militar para evitar la amenaza de la vuelta a la democracia), de República Dominicana en 1963 y 1965, de Brasil en 1964, de Chile en 1973 y de muchos otros países en distintos momentos. Nuestras políticas son prácticamente las mismas en El Salvador y en varios otros países del mundo.

Los métodos no son muy bonitos. Lo que hicieron los contras en Nicaragua, dirigidos por Estados Unidos, o lo que hacen nuestros representantes terroristas en El Salvador y Guatemala, no es solamente matar. Uno de los elementos más importantes es la tortura sádica y brutal: golpean bebés contra las piedras, cuelgan a las mujeres de los pies con los senos cortados y la cara desollada para que

mueran desangradas, o les arrancan la cabeza a las personas y la clavan en estacas. El objetivo es aplastar los movimientos nacionalistas independientes y las fuerzas populares capaces de instaurar la democracia en su verdadero sentido.

La amenaza del buen ejemplo

No hay ningún país que quede exento de este trato, por más insignificante que sea. De hecho, los más débiles y pobres suelen ser los que despiertan mayor histeria.

Tomemos por ejemplo el caso de Laos en la década de 1960, cuando probablemente era el país más pobre del mundo. La mayoría de los habitantes ni siquiera sabían que existía un país llamado Laos, porque sólo conocían la aldea donde vivían y las aldeas vecinas. Pero apenas empezó a surgir una revolución social de muy bajo perfil, el gobierno estadounidense sometió al país a una serie de “bombardeos secretos” letales que barrían con asentamientos enteros en operaciones que, como se reconoció después, no tenían nada que ver con la guerra que estaba librando Estados Unidos en el sur de Vietnam.

Grenada es un país con 100.000 habitantes que produce un poco de nuez moscada y que uno apenas puede encontrar en el mapa, pero cuando empezó a atravesar una revolución social moderada, el gobierno estadounidense intervino enseguida para destruir la amenaza.

Desde la revolución bolchevique de 1917 hasta la caída de los gobiernos comunistas en Europa del Este hacia fines de los años '80, resultaba posible justificar todos los ataques estadounidenses como métodos de defensa frente a la amenaza soviética. Así que en 1983, cuando Estados Unidos invadió Grenada, el jefe de gabinete explicó que en caso de un ataque soviético a Europa occidental, los enemigos en Grenada podían llegar a obstaculizar el paso de las reservas de petróleo a través del Caribe hasta Europa occidental y de ese modo impedir que defendiéramos a nuestros aliados. Aunque suene cómico, este tipo de historia contribuye a movilizar el apoyo de la población para las medidas de agresión, terrorismo y manipulación de procesos electorales.

El ataque contra Nicaragua fue justificado con el planteo de que si nosotros no los parábamos a “ellos” allá, pronto iban a invadirnos por la frontera de Harlingen, Texas, que quedaba a apenas dos días de auto. Para el público más culto, se inventaron variantes más sofisticadas pero igualmente imposibles.

En lo que respecta a las empresas estadounidenses, Nicaragua podría desaparecer y nadie lo notaría, igual que El Salvador, pero ambos países sufrieron incursiones mortales por parte de Estados Unidos, con un costo de cientos de miles de vidas y miles de millones de dólares.

Eso tiene un motivo. Cuanto más débil y pobre sea el país en cuestión, más peligroso resulta como ejemplo. Si una nación diminuta y sin recursos como Grenada puede lograr una vida mejor para sus habitantes, otro país con más recursos podría decir: “¿Y nosotros? ¿Por qué no?”.

Esto fue así incluso en el caso de Indochina, que es bastante grande y tiene recursos importantes. Aunque Eisenhower y sus consejeros no paraban de hablar sobre el arroz, el estaño y el caucho, su temor verdadero era que el pueblo de Indochina alcanzara la independencia y la justicia, porque el pueblo de Tailandia podría imitarlo, y luego el de Malasia, y enseguida Indonesia tomaría el camino de la independencia, y para entonces habrían perdido una parte significativa del Área Grande.

Si uno quiere un sistema global subordinado a las necesidades de los inversores estadounidenses, no puede permitir que se descarrile ninguna parte de ese sistema. Es impresionante la claridad con que se explica esto en los archivos documentales, incluso en los de acceso público en algunos casos. Tomemos el ejemplo de Chile durante el mandato de Allende. Se trata de un país bastante grande con muchos recursos naturales, pero Estados Unidos no iba a derrumbarse si Chile se independizaba. Entonces, ¿por qué nos preocupaba tanto? Según Kissinger, Chile era un “virus” que podía “contagiar” a toda la región con repercusiones hasta en Italia. A pesar de los cuarenta años de intervención de la CIA, Italia todavía conservaba un movimiento obrero. El triunfo de un gobierno socialdemócrata en Chile podía enviar un mensaje incorrecto a los votantes italianos. ¿Qué tal si se les metía en la cabeza retomar el control de su propio país y resucitar el movimiento obrero que la CIA venía socavando desde la década de 1940?

Desde el secretario de Estado Dean Acheson en esa década hasta los funcionarios actuales de planificación, todos vienen advirtiendo que “una manzana podrida puede arruinar el cajón entero”. El riesgo es que esa “podredumbre” que representa el desarrollo socioeconómico se propague a otros países.

Esta teoría de la “manzana podrida”, en su variante para consumo de la población, también se denomina “teoría del efecto dominó”. Para asustar a los

habitantes estadounidenses se hace circular una versión sobre el desembarco de Ho Chi Minh en California, entre otras. Es posible que algunos dirigentes crean estas tonterías, pero sin duda los funcionarios de planificación, que son más racionales, no las creen. Más bien, entienden que la amenaza verdadera es el “buen ejemplo”.

En algunos casos, la idea se explica con mucha claridad. Cuando el gobierno estadounidense planeaba derrocar al presidente democrático de Guatemala en 1954, un jerarca del Departamento de Estado señaló que “Guatemala se ha transformado en una amenaza cada vez mayor contra la estabilidad de Honduras y El Salvador. Su reforma agraria constituye una potente herramienta de propaganda, su programa de asistencia social para los obreros y los campesinos en la lucha triunfal contra la clase alta y las grandes empresas internacionales tiene un fuerte atractivo para los pobladores de América Central, donde predominan condiciones semejantes”.

En otras palabras, lo que quiere Estados Unidos es la “estabilidad”, o sea, la seguridad de “la clase alta y las grandes empresas internacionales”. Si eso se obtiene mediante los mecanismos formales de la democracia, bienvenido sea, pero si no, la “amenaza contra la estabilidad” que representa un buen ejemplo debe ser destruida antes de que el virus se propague.

Por eso, incluso el país más diminuto constituye una amenaza y puede terminar aplastado.

El sistema tripolar

Desde principios de la década de 1970, el mundo se viene inclinando hacia lo que hoy se denomina tripolaridad o trilateralidad: un sistema de tres grandes bloques económicos que compiten entre sí. El primero de ellos se basa en el yen y está compuesto por Japón en el centro y las ex colonias japonesas en la periferia. Durante los años '30 y '40, este bloque era conocido en Japón como la Gran esfera de coprosperidad de Asia Oriental. El conflicto con Estados Unidos surgió cuando el gobierno japonés intentó ejercer ahí el mismo tipo de control que las potencias occidentales ejercían en sus propias esferas. Pero después de la guerra, reconstruimos la región para ellos. Luego, no nos opusimos a que Japón la explotara, siempre y cuando lo hiciera bajo el dominio superior de nuestro gobierno.

Existen muchas teorías absurdas que plantean que la transformación de Japón en uno de nuestros principales competidores demuestra lo honorables que fuimos al haber colaborado con la reconstrucción de nuestros propios enemigos. En realidad, las opciones posibles en ese momento eran bastante más limitadas. Una alternativa, que fue la elegida, era restaurar el imperio japonés, pero mantenerlo bajo control estadounidense. La otra alternativa era mantenerse al margen y permitir que Japón y el resto de Asia siguieran el camino de la independencia, excluidos del Área Grande. Esta segunda opción era impensable. Es más, después de la Segunda Guerra, nadie consideraba que Japón fuera un posible competidor, ni siquiera en el futuro lejano. Se daba por sentado que tal vez en algún momento pudiera llegar a producir bagatelas, pero nada más que eso. Esa suposición estaba cargada de un enorme contenido racista. En gran medida, Japón se recuperó gracias a las guerras de Corea y de Vietnam, que estimularon la producción y representaron muchísimas ganancias para ese país.

Sin embargo, algunos de los primeros funcionarios de planificación, como George Kennan, fueron más visionarios. Él propuso que Estados Unidos instara a Japón a industrializarse, pero con una limitación: el gobierno estadounidense tendría que controlar las importaciones de petróleo. Según Kennan, esto nos iba a otorgar un “poder de veto” sobre los japoneses por si se salían de la raya. El gobierno estadounidense siguió sus consejos y conservó el control de las reservas y las refinerías japonesas. Incluso hacia fines de la década de 1970, Japón no controlaba más que el 10% de sus propias reservas de petróleo.

Ése es uno de los principales motivos que impulsan el interés de Estados Unidos por el petróleo de Oriente Medio. No lo necesitábamos para nosotros. Hasta 1968, América del Norte encabezaba la lista mundial de productores de crudo. Pero sí queríamos conservar en nuestras manos esta herramienta de poder y garantizar que las ganancias ingresaran fundamentalmente a Estados Unidos y a Gran Bretaña. Por eso hemos mantenido nuestras bases militares en Filipinas, que forman parte de un sistema de intervención global destinado a procurar que las fuerzas locales de Oriente Medio no sucumban ante el “ultranacionalismo”.

El segundo bloque económico tiene sede en Europa y está dominado por Alemania. Con la consolidación del Mercado Común Europeo está dando un gran paso al frente. La economía europea es mayor que la estadounidense y el continente posee más habitantes y un mejor nivel educativo. Si logra organi-

zarse bien y se transforma en una potencia integrada, Estados Unidos se convertirá en una potencia de segunda línea. Esto resulta cada vez más probable en la medida en que Europa, bajo el liderazgo de Alemania, avanza en dirección a restaurar el papel tradicional de los países del Este como colonias económicas, que básicamente formarían parte del Tercer Mundo.

El tercer bloque se basa en el dólar y está dominado por Estados Unidos. Hace poco se amplió para incorporar a Canadá, nuestro primer socio comercial, y pronto integrará también a México y a otros países del hemisferio mediante “acuerdos de libre comercio” elaborados principalmente para beneficiar los intereses de los inversores estadounidenses y sus aliados.

Siempre dimos por sentado que América Latina nos pertenecía por derecho propio. Como dijo Henry Stimson [secretario de Guerra en los gobiernos de Franklyn Delano Roosevelt y William Taft, y secretario de Estado en el gobierno de Herbert Hoover], América Latina es “nuestra pequeña región de aquí, que nunca molestó a nadie”. Para garantizar la existencia de este bloque basado en el dólar, habrá que continuar abortando todos los movimientos de desarrollo independiente en América Central y el Caribe.

Si uno no comprende nuestra lucha contra los otros países industrializados y el Tercer Mundo, la política exterior estadounidense le parece una serie incoherente y confusa de errores sin ton ni son. Pero en realidad, nuestros dirigentes han logrado cumplir con las tareas que se les asignaron, dentro de los límites de lo factible.

La destrucción en el exterior

Nuestra política de “buenos vecinos”

¿Con qué grado de precisión se han seguido los preceptos que estableció George Kennan? ¿Hasta qué punto hemos dejado de lado nuestra preocupación por los “objetivos imprecisos e irreales como los derechos humanos, las mejoras en el nivel de vida y la democratización”? Ya me he referido a nuestro “compromiso con la democracia”, pero ¿qué pasa con los otros dos temas?

Concentrémonos en América Latina y empecemos por el asunto de los derechos humanos. De acuerdo con una investigación de Lars Schoultz, el principal especialista en derechos humanos para esa región, “la asistencia pro-

veniente de Estados Unidos tiende a volcarse desproporcionadamente en los gobiernos latinoamericanos que torturan a sus habitantes”. No tiene nada que ver con el grado de necesidad de esa ayuda que tenga el país en cuestión, sino con su predisposición a servir los intereses de los ricos y los privilegiados. En otros estudios más extensos del economista Edward S. Herman, que abarcan distintas regiones del mundo, también se observa una relación estrecha entre la tortura y la asistencia proveniente de Estados Unidos. Además, esos estudios ofrecen una explicación: tanto la tortura como la asistencia estadounidense se correlacionan independientemente con un buen clima para las operaciones de negocios. Comparadas con ese principio rector moral, la tortura y las matanzas son hechos insignificantes.

En cuanto a la mejora de los niveles de vida, se supone que ése fue el objeto de la Alianza para el Progreso creada por el presidente Kennedy, pero el tipo de desarrollo que se impuso estaba orientado en mayor medida hacia las necesidades de los inversores estadounidenses. Sirvió para profundizar y extender el modelo existente en América Latina, donde los países están obligados a producir bienes agrarios para la exportación y recortar la producción de cultivos de subsistencia, como el maíz y los frijoles que se cosechan para el consumo interno. Bajo la influencia de la Alianza para el Progreso, por ejemplo, aumentó la producción de carne vacuna en América Latina, pero bajó su consumo.

Este modelo agroexportador para el desarrollo suele generar un “milagro económico”: mientras que se dispara el PBN, gran parte de la población pasa hambre. Cuando uno instaura ese tipo de políticas, la oposición popular surge inevitablemente, y se la reprime con torturas y terrorismo. (El uso del terrorismo está muy arraigado en nuestro carácter. Ya en 1818, John Quincy Adams elogiaba la “saludable eficacia” del terrorismo para tratar con “las hordas mezcladas de indios y negros salvajes”, en una justificación de los raids de Andrew Jackson en Florida, que prácticamente diezmaron a la población aborigen de la zona y dejaron a la provincia española en manos de Estados Unidos. Los comentarios de Adams impresionaron a Thomas Jefferson y a otros por su sabiduría.)

El primer paso es utilizar a las fuerzas policiales, que resultan fundamentales porque pueden detectar el malestar con anticipación y eliminarlo antes de que sea necesaria una “cirugía mayor”, como dicen los documentos confidenciales.

En caso de que la “cirugía mayor” llegue a ser necesaria, usamos al ejército. Cuando ya no podemos controlar a los ejércitos de los países latinoamericanos, sobre todo en la región de América Central y el Caribe, llega la hora de derrocar al gobierno.

Las naciones que intentan revertir este modelo, como Guatemala durante los gobiernos capitalistas democráticos de Arévalo y Arbenz, o República Dominicana durante el gobierno capitalista democrático de Bosch, se transforman en blanco de agresiones y violencia.

El segundo paso es utilizar las fuerzas militares. Estados Unidos siempre intenta mantener relaciones con los militares de los países extranjeros, porque ése es uno de los modos de derrocar a los gobiernos que se salen de la raya. Así se sentaron las bases para los golpes militares de Indonesia en 1965 y de Chile en 1973. Antes de los golpes, éramos muy hostiles con los gobiernos de esos dos países, pero les seguíamos mandando armas. Si uno mantiene una buena relación con los jefes importantes de las fuerzas militares, ellos derrocan al gobierno por uno. El mismo razonamiento motivó el envío de armas estadounidenses a Irán vía Israel a partir de la década de 1980, de acuerdo con los altos funcionarios israelíes involucrados, que conocían bien esos datos en 1982, mucho antes de que hubiera tomas de rehenes.

Durante el mandato de Kennedy, la misión de las fuerzas militares latinoamericanas dominadas por Estados Unidos dejó de ser la “defensa del hemisferio” para pasar a ser la protección de la “seguridad interior”, es decir, la guerra contra la propia población de sus países. Esa decisión tan fatídica derivó en la “complicidad directa [de Estados Unidos]” con el uso de los “métodos de los escuadrones de exterminio creados por Heinrich Himmler”, según la opinión retrospectiva de Charles Maechling, que estuvo a cargo de la planificación para la contrainsurgencia entre 1961 y 1966.

El gobierno de Kennedy preparó el terreno para el golpe militar de 1964 en Brasil, ayudando a destruir la democracia brasileña, que se estaba independizando demasiado. Estados Unidos apoyó con entusiasmo el golpe, mientras que los altos funcionarios militares instituían un régimen de seguridad nacional al estilo neonazi con torturas y represión, entre otras cosas. Eso inspiró un brote de fenómenos similares en Argentina, Chile y otros países del hemisferio desde mediados de los años '60 hasta los años '80, un período de lo más sangriento.

(Yo creo que, en términos legales, hay pruebas más que contundentes para hacerles juicio político a todos los presidentes de Estados Unidos de la Segunda Guerra en adelante. Los que no fueron criminales de guerra al menos estuvieron involucrados en crímenes de guerra graves.)

En general, las fuerzas militares provocan un desastre económico, con frecuencia siguiendo las recetas de los asesores estadounidenses, y entonces deciden dejar el problema en manos de un gobierno civil para que lo arregle. El control militar directo ya no es necesario en la medida en que surgen mecanismos nuevos, como los controles que se ejercen a través del Fondo Monetario Internacional, que, junto con el Banco Mundial, otorga préstamos al Tercer Mundo con fondos que vienen en su mayoría de las grandes potencias industrializadas. A cambio de esos préstamos, el FMI impone medidas de “liberalización”: una economía abierta a la penetración y el control, recortes profundos en los servicios para la población, etcétera. Estas medidas consolidan el poder de las clases altas y los inversores extranjeros (por la “estabilidad”) y refuerzan el modelo social clásico en los países del Tercer Mundo, compuestos por los súper ricos (y una clase profesional relativamente adinerada que les brinda servicios) y, por otro lado, una enorme masa de personas empobrecidas que sufren.

El endeudamiento y el caos económico que dejan los gobiernos militares sirven para asegurar que se respeten las normas del FMI, salvo que las fuerzas populares intenten participar en las contiendas políticas. En ese caso, es posible que deban regresar los militares para restaurar la “estabilidad”.

El ejemplo de Brasil es muy instructivo. Está tan bien dotado de recursos naturales que debería ser uno de los países más ricos del mundo. Además, tiene un gran desarrollo industrial. Sin embargo, gracias al golpe de 1964 y al tan mentado “milagro económico” que vino después (por no mencionar las torturas, los asesinatos y otros mecanismos de “control de la población”), la situación de muchos brasileños se podría comparar hoy con la de Etiopía, y es considerablemente peor que, digamos, la de Europa del Este. Según el Ministerio de Educación, más de un tercio del presupuesto educativo se gasta en las comidas que se sirven en las escuelas, porque la mayoría de los alumnos de las escuelas públicas, si no comen ahí, directamente no comen.

De acuerdo con la revista *South* (una publicación de economía que informa sobre el Tercer Mundo), la tasa de mortalidad infantil es más alta en Brasil que

en Sri Lanka. Una tercera parte de la población vive por debajo de la línea de la pobreza y “siete millones de niños abandonados andan pidiendo limosna, robando y aspirando pegamento por las calles. Para millones de personas, el hogar no es más que una casilla en una favela [...] o, en cada vez más casos, un pedazo de asfalto bajo algún puente”. Así es Brasil, uno de los países más ricos del mundo en recursos naturales.

La situación es similar en todos los países de América Latina. Solamente en América Central, la cantidad de personas asesinadas por fuerzas militares con apoyo estadounidense desde fines de los años '70 asciende a 200.000, ya que los movimientos populares que luchaban por la democracia fueron diezmados. Estos logros califican a Estados Unidos como una “inspiración para el triunfo de la democracia en nuestros días”, según las palabras elogiosas de la revista liberal *New Republic*. Tom Wolfe nos dice que la década de 1980 fue “uno de los grandes momentos de oro de la humanidad”. Como siempre repetía Stalin, estamos “mareados por el éxito”.

La crucifixión de El Salvador

Durante muchos años, los dictadores impuestos y respaldados por nuestro gobierno ejercieron la represión, la tortura y el asesinato en El Salvador, aunque aquí no nos interesaba. Las noticias sobre esto no recibían prácticamente ninguna cobertura. Sin embargo, hacia fines de la década de 1970, el gobierno estadounidense empezó a preocuparse por un par de cuestiones.

Una de ellas era que Somoza, el dictador de Nicaragua, estaba perdiendo el control. Estados Unidos iba a quedarse sin una base importante para el ejercicio de la violencia en la región. La segunda cuestión peligrosa era aun más grave. Durante esa época, en El Salvador empezaron a prosperar las “organizaciones populares”, o sea, las asociaciones de campesinos, las cooperativas, los sindicatos y los grupos religiosos para el estudio de la Biblia, que después se transformaban en grupos de autoayuda. Todo eso despertaba la amenaza de la democracia.

En febrero de 1980, Oscar Romero, el arzobispo de El Salvador, le escribió al presidente Carter para rogarle que no mandara ayuda militar a la junta que estaba gobernando el país. La carta decía que esa ayuda se iba a usar para “agudizar la injusticia y la represión contra las organizaciones populares” que lucha-

ban “por el respeto de los derechos humanos más básicos” (algo que no era ninguna novedad para el gobierno estadounidense, obviamente).

Unas semanas después, al arzobispo Romero lo asesinaron mientras daba la misa. En general, se atribuye la responsabilidad del asesinato, entre otras atrocidades innumerables, al militar neonazi Roberto d’Aubuisson, “presidente vitalicio” del partido ARENA, que hoy gobierna ese país. Los miembros del partido, como Alfredo Cristiani, el actual presidente de El Salvador, tenían que hacer un juramento de sangre para garantizarle su lealtad.

Diez años más tarde, miles de personas pobres del campo y la ciudad participaron en la misa de conmemoración, junto con varios arzobispos extranjeros, pero los representantes de Estados Unidos brillaron por su ausencia. La iglesia salvadoreña propuso formalmente que se declarara santo a Romero, pero todo esto pasó sin pena ni gloria por el país que había financiado y entrenado a los asesinos del arzobispo. El *New York Times*, que supuestamente es liberal, no publicó ninguna columna editorial sobre el asesinato en su momento ni en los años siguientes, y tampoco editó ninguna nota de opinión ni de información sobre la misa conmemorativa.

El 7 de marzo de 1980, dos semanas antes del asesinato, se había dictado el estado de sitio y había comenzado la guerra violenta contra la población del país (con el apoyo y la participación de Estados Unidos). El primer gran ataque fue una masacre en el río Sumpul, coordinada por los ejércitos de Honduras y El Salvador, que dejó como saldo unas seiscientas muertes. En esta carnicería, los militares cortaron a los bebés en pedazos con sus machetes, además de torturar y ahogar a las mujeres. Varios días después, seguían apareciendo trozos de cuerpos flotando en el río. Como había observadores de la Iglesia, la información salió a la luz inmediatamente, pero los medios masivos estadounidenses no consideraron que valiera la pena difundirla.

Las principales víctimas de esta guerra fueron los campesinos, junto con los dirigentes sindicales, los estudiantes, los sacerdotes y todos los sospechosos de trabajar para los intereses del pueblo. En 1980, el último año de la presidencia de Carter, el número de víctimas ascendía a unas diez mil personas, y cuando Reagan asumió el cargo, en 1981, ya alcanzaba las trece mil personas. En octubre de 1980, el nuevo arzobispo condenaba la “guerra de exterminio y genocidio contra una población civil indefensa” que libraban las fuerzas de seguridad. Dos meses más

tarde, las mismas fuerzas eran elogiadas por sus “valientes servicios junto al pueblo y contra la subversión”, en palabras de José Napoleón Duarte, el candidato “moderado” de Estados Unidos para presidente civil de la junta de gobierno.

El rol de Duarte, el “moderado”, era servir como cortina de humo para los gobernantes militares y garantizar la continuidad en el flujo de fondos de Estados Unidos después de que las fuerzas armadas habían violado y asesinado a cuatro religiosas estadounidenses. Eso había generado ciertas protestas en nuestro país, porque masacrar a los salvadoreños era una cosa, pero violar y matar a unas monjas estadounidenses había sido definitivamente un error en materia de relaciones públicas. Los medios evitaron la noticia y la minimizaron, a instancias del gobierno de Carter y la comisión investigadora que se había formado.

Más tarde, los funcionarios de Reagan (sobre todo, el secretario de Estado Alexander Haig y la embajadora ante las Naciones Unidas Jeane Kirkpatrick) dieron un paso más y pretendieron justificar semejante atrocidad. Sin embargo, todavía se consideró necesario montar el espectáculo de un juicio unos años después, mientras se exoneraba a la junta asesina y, obviamente, a sus financiadores.

Los periódicos independientes de El Salvador, que podrían haber denunciado estas atrocidades, estaban destruidos. Aunque eran medios masivos y apoyaban al sector empresarial, de todas maneras eran demasiado indisciplinados para el gusto de los militares. El problema se resolvió entre 1980 y 1981, cuando las fuerzas de seguridad asesinaron al redactor en jefe de uno de esos diarios y el otro se exilió. Como siempre, esos sucesos no merecieron más que un par de palabras en los medios estadounidenses, por considerarse insignificantes.

En noviembre de 1989, seis sacerdotes jesuitas, la cocinera que trabajaba para ellos y su hija fueron asesinados por el ejército. Esa misma semana, al menos otros veintiocho civiles fueron masacrados, entre ellos el jefe de un sindicato importante, la dirigente de una organización de mujeres universitarias, nueve integrantes de una cooperativa agraria indígena y diez estudiantes universitarios.

Los cables de noticias difundieron un informe de Douglas Grant Mine, el corresponsal de la agencia Associated Press, que relataba cómo habían entrado los militares en un barrio pobre de San Salvador, habían atrapado a seis hombres y también a un chico de 14 años para darle una lección, los habían formado a todos en fila contra una pared y los habían fusilado. Según el informe, “no eran

sacerdotes ni militantes de los derechos humanos, así que su muerte pasó inadvertida” (como sucedió también con el artículo de Mine).

Los jesuitas fueron asesinados por el Batallón Atlacatl, un grupo de elite creado, entrenado y equipado por Estados Unidos que se formó en marzo de 1981, cuando las Fuerzas Especiales del Ejército Estadounidense enviaron quince especialistas en contrainsurgencia a El Salvador. Desde el principio, el Batallón se dedicó a las matanzas. Un entrenador estadounidense describió a sus alumnos como soldados “particularmente feroces” y señaló que “siempre nos costó lograr que tomaran prisioneros en lugar de orejas”.

En diciembre de 1981, el Batallón participó en una operación que se cobró la vida de más de mil civiles en una orgía de asesinatos, violaciones e incendios. Después, bombardeó varias aldeas y masacró a cientos de civiles más, fusilándolos, ahogándolos o usando otros métodos. La mayoría de sus víctimas fueron ancianos, mujeres y niños.

El Batallón Atlacatl recibió el entrenamiento de las Fuerzas Especiales estadounidenses poco tiempo antes del asesinato de los jesuitas. Este modelo se ha repetido durante toda la existencia del batallón: las peores masacres ocurrieron cuando sus integrantes acababan de recibir clases de entrenamiento de los militares estadounidenses.

En esa “democracia incipiente” que era El Salvador, se organizaban razias en los barrios más pobres y en los campamentos de refugiados para levantar a los adolescentes de hasta 13 años y obligarlos a ser soldados. Los adoctrinaban con rituales adoptados de la ss, como la sodomización y la violación, así estaban listos para las matanzas que generalmente presentaban matices sexuales y satánicos.

Las características de estos entrenamientos para el ejército salvadoreño fueron reveladas por un desertor que recibió asilo político en Texas en 1990, a pesar de los pedidos por parte del Departamento de Estado para que lo deportaran a su país. El tribunal optó por mantener reservado su nombre para protegerlo de los escuadrones de la muerte.

Según sus declaraciones, a los reclutas los obligaban a asesinar perros y buitres mordiéndoles el cogote y retorciéndoles el pescuezo, además de hacerlos presenciar las torturas y los fusilamientos de los supuestos disidentes, a quienes les arrancaban las uñas, les cortaban la cabeza y los descuartizaban, para después jugar con sus brazos como si fueran de juguete.

En otro caso, César Vielman Joya Martínez, un integrante confeso de los escuadrones de la muerte asociados con el Batallón Atlacatl, describió la participación de los asesores estadounidenses y del gobierno salvadoreño en las actividades de los escuadrones. El gobierno de Bush hizo todo lo posible por silenciarlo y mandarlo de vuelta a una muerte garantizada en El Salvador, aunque los organismos de derechos humanos rogaran por él y el Congreso pidiera que se escuchara su testimonio. (El testigo central en el caso de los jesuitas recibió un trato parecido.)

Para leer una descripción gráfica de los resultados del entrenamiento militar en el ejército salvadoreño, se puede consultar la nota escrita por el sacerdote católico Daniel Santiago en *América*, una publicación de los jesuitas. Ahí cuenta la historia de una campesina que un día llegó a su casa y encontró a sus tres hijos, su madre y su hermana sentados a la mesa, con la cabeza de cada uno de ellos ubicada cuidadosamente sobre la mesa, delante del cuerpo, y las manos colocadas encima, “como si cada cuerpo estuviera acariciando su propia cabeza”. A los asesinos, que eran de la Guardia Nacional salvadoreña, les había costado mantener en su lugar la cabeza de un bebé de un año y medio, entonces le habían clavado las manos del niño encima. El centro de la mesa estaba decorado con un recipiente de plástico lleno de sangre. Según el reverendo Santiago, las escenas macabras de este tipo no eran infrecuentes:

Los escuadrones de la muerte salvadoreños no se limitan a matar a las personas: las decapitan, clavan las cabezas en estacas y las usan para decorar el paisaje. La Policía de Hacienda no se limita a destripar a los hombres: les cortan los genitales y se los meten en la boca. La Guardia Nacional no se limita a violar a las mujeres: les arranca el útero y se lo pone como capucha. No les alcanza con asesinar a los niños: los arrastran sobre alambres de púa hasta que la carne se desprende de los huesos, mientras obligan a los padres a mirar todo.

El reverendo Santiago agrega que la violencia de este tipo aumentó considerablemente cuando la Iglesia empezó a formar asociaciones de campesinos y grupos de autoayuda con la intención de organizar a los pobres.

En líneas generales, el método que usamos para los salvadoreños rindió sus frutos. De hecho, las organizaciones populares quedaron diezmadas, como lo

predijo el arzobispo Romero. Decenas de miles de personas fueron masacradas y hubo más de un millón de refugiados. Éste es uno de los episodios más sórdidos en la historia estadounidense, pero tiene mucha competencia.

Una lección para Nicaragua

El Salvador no fue el único país ignorado por los medios masivos estadounidenses durante la década de 1970. En los diez años previos al derrocamiento del dictador nicaragüense Anastasio Somoza en 1979, los canales de televisión de Estados Unidos le dedicaron en total apenas una hora de su tiempo a Nicaragua, y eso fue para informar sobre el terremoto de Managua en 1972. Entre 1960 y 1978, el *New York Times* publicó solamente tres columnas editoriales sobre Nicaragua. Y no es que no pasara nada en ese país, pero lo que pasaba no llamaba la atención. Nicaragua no despertaba ningún interés en absoluto, siempre y cuando el gobierno tiránico de Somoza siguiera en pie.

Cuando ese gobierno se vio amenazado por los sandinistas, a fines de los años '70, Estados Unidos primero trató de instituir el “somocismo sin Somoza”, o sea, intentó que quedara en pie todo el sistema corrupto, pero con otro cabe-cilla. Como eso no funcionó, el presidente Carter trató de conservar la Guardia Nacional de Somoza para que fuera la base del poder estadounidense. Esta fuerza siempre había sido famosa por su brutalidad y su sadismo. En junio de 1979, se dedicaba a realizar atrocidades de dimensiones espeluznantes en la guerra contra los sandinistas, como bombardear barrios residenciales en Managua o asesinar a decenas de miles de personas. Justamente entonces, el embajador estadounidense mandó un cable a la Casa Blanca en el que manifestaba que no recomendaba decirle a la Guardia que suspendiera los bombardeos, porque eso podía interferir con la política de mantener a los militares en el poder y a los sandinistas en los márgenes.

Nuestro embajador ante la Organización de Estados Americanos también se pronunció a favor del “somocismo sin Somoza”, pero la OEA rechazó sus recomendaciones de pleno. Unos días después, Somoza huyó de Nicaragua a Miami con lo que quedaba del tesoro nacional de su país, y la Guardia se derrumbó.

El gobierno de Carter trasladó a los comandantes de la Guardia fuera del país en aviones identificados con el signo de la Cruz Roja (que es un crimen de guerra) y comenzó a reconstruir la Guardia cerca de las fronteras nicaragüenses.

También se usó a la Argentina como representante. (En esa época, la Argentina estaba bajo un régimen de militares neonazis, que por un rato dejaron de torturar y asesinar a sus propios ciudadanos para ayudar a restablecer la Guardia nicaragüense o, como se llamarían más tarde, los “contras” o “defensores de la libertad”.) Reagan los utilizó para lanzar una guerra terrorista de grandes proporciones contra Nicaragua, combinada con un embate económico todavía más letal. Además, nuestro gobierno intimidó a otros países para que no mandaran ayuda a Nicaragua.

Sin embargo, a pesar de contar con un nivel exorbitante de apoyo militar, Estados Unidos no logró crear una fuerza armada viable en Nicaragua. Si uno se pone a pensarlo, es bastante extraordinario. No existe ninguna organización guerrillera auténtica en el mundo entero que haya tenido recursos ni remotamente comparables con los que recibieron los contras. Con esa clase de financiamiento, se podría incluso organizar una guerrilla insurgente en las regiones montañosas de Estados Unidos.

Entonces, ¿por qué se tomó tantas molestias el gobierno estadounidense? La organización internacional Oxfam, con experiencia en 76 países en vías de desarrollo, explica que los verdaderos motivos tuvieron que ver con que “Nicaragua era [...] una excepción por la fortaleza del compromiso que había asumido su gobierno [...] para mejorar las condiciones de vida de la población y fomentar su participación activa en el proceso de desarrollo”. De los cuatro países centroamericanos donde Oxfam tenía una presencia importante (El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua), sólo en Nicaragua se veía un esfuerzo sustancial por resolver las desigualdades en la propiedad de las tierras y por hacer extensivos los servicios de salud, educación y agricultura a las familias pobres de las zonas rurales.

Otros organismos ofrecen descripciones similares. A principios de la década de 1980, el Banco Mundial señalaba que sus proyectos eran “extraordinariamente exitosos en algunos sectores de Nicaragua, más que en ninguna otra parte del mundo”. En 1983, el Banco Interamericano de Desarrollo llegaba a la conclusión de que “Nicaragua ha avanzado notablemente en el sector social, que está sentando las bases para el desarrollo socioeconómico de largo plazo”.

El triunfo de las reformas sandinistas aterrorizaba a los funcionarios de planificación en Estados Unidos, que eran conscientes de que, como dijo José Fi-

gueres, padre de la democracia en Costa Rica, “por primera vez, Nicaragua tiene un gobierno que se preocupa por su pueblo”. (Aunque el costarricense fue una figura central para la democracia centroamericana durante cuarenta años, sus percepciones inaceptables sobre el mundo real eran absolutamente censuradas en los medios estadounidenses.)

El odio que despertaban los sandinistas por tratar de canalizar los recursos hacia los sectores más pobres (y por lograrlo) era verdaderamente asombroso. Lo compartían casi todos los encargados de definir políticas en Estados Unidos, y en un momento se transformó en una especie de frenesí.

En 1981, un integrante del Departamento de Estado se vanagloriaba de que íbamos a “transformar Nicaragua en la Albania de América Central”, o sea, en un país revolucionario pero pobre y aislado, de manera que quedara en ruinas el sueño de los sandinistas de crear un modelo político nuevo y ejemplar para América Latina.

El secretario de Estado George Shultz dijo que los sandinistas eran “un cáncer aquí mismo, en nuestro continente”, y que había que destruirlos. En el otro extremo del espectro político, el senador liberal Alan Cranston declaró que si resultaba imposible destruir a los sandinistas, íbamos a tener que dejarlos “hervirse en sus propio caldo”. Así, Estados Unidos lanzó un triple ataque contra los nicaragüenses. Primero, ejercimos una presión tremenda para obligar al Banco Mundial y al Banco Interamericano de Desarrollo a suspender todos los proyectos y la asistencia económica para Nicaragua. Segundo, iniciamos la guerra de los contras junto con otra guerra ilegal, pero de carácter económico, para poner fin a lo que Oxfam denominó “la amenaza del buen ejemplo”. La crueldad de los atentados terroristas que llevaron a cabo los contras bajo las órdenes de Estados Unidos contra “blancos débiles” en efecto ayudó, junto con el boicot económico, a liquidar toda esperanza de desarrollo y reforma social. La actividad terrorista de Estados Unidos garantizó que Nicaragua no pudiera desmovilizar a las fuerzas militares para destinar sus recursos pobres y limitados a la reconstrucción de las ruinas que dejaron los crímenes de Reagan y los dictadores apoyados por el gobierno estadounidense.

Julia Preston, una de las corresponsales de Centroamérica con mayor prestigio, que en ese momento trabajaba para el diario *Boston Globe*, informó que “los funcionarios gubernamentales dijeron estar satisfechos al ver que los contras

debilitan a los sandinistas, obligándolos a desviar los recursos, que de por sí son escasos, hacia la guerra y lejos de los programas sociales”. Este dato es fundamental, ya que esos programas constituían el núcleo del buen ejemplo que podría haber contagiado a otros países de la región y erosionado el sistema estadounidense de robos y explotación.

Nuestro gobierno incluso se negó a enviar socorro en un caso de desastre natural. Tras el terremoto de 1972, Estados Unidos había mandado una cifra enorme para ayudar a Nicaragua, pero el compañero Somoza se robó la mayor parte de ese dinero. En octubre de 1988, hubo otra catástrofe natural todavía más grave en ese país: el huracán Joan. En ese caso, no mandamos ni un centavo, porque si lo hubiéramos mandado, probablemente habría llegado a la población y no a los bolsillos de algún rufián enriquecido. Además, presionamos a nuestros aliados para que enviaran muy poca asistencia.

Este huracán tan potente, con las correspondientes perspectivas de hambruna y daño ecológico a largo plazo, reforzó nuestros intentos. Queríamos que los nicaragüenses se murieran de hambre para poder acusar a los sandinistas de mala administración económica. Como no los teníamos bajo control, queríamos que sufrieran y murieran.

Tercero, usamos las mentiras diplomáticas para aplastar a Nicaragua. Como escribió Tony Avirgan en *Mesoamérica*, una publicación de Costa Rica, “los sandinistas cayeron en una trampa perpetrada por Oscar Arias, el presidente costarricense, y por otros presidentes centroamericanos, que les costó las elecciones de febrero de 1990”. Según el autor, para Nicaragua, el plan de paz de agosto de 1987 era un buen trato: si adelantaban unos meses las elecciones nacionales y permitían la observación internacional como lo habían hecho en 1984, “a cambio iban a obtener la desmovilización de los contras y el fin de la guerra”. El gobierno nicaragüense hizo lo que le exigía el plan de paz, pero nadie más prestó la menor atención. Arias, la Casa Blanca y el Congreso nunca tuvieron la más mínima intención de implementar ningún aspecto del plan. Estados Unidos prácticamente triplicó los vuelos de la CIA con provisiones para los contras. En un par de meses, el plan de paz estaba muerto.

Cuando empezaron las campañas para las elecciones, Estados Unidos dejó en claro que el embargo que estaba estrangulando al país y el terrorismo de los contras iban a seguir si ganaban los sandinistas. Hay que ser una especie de nazi

o estalinista irredento para considerar que una elección llevada a cabo en esas condiciones es libre y justa. De hecho, al sur de la frontera casi nadie sucumbió a semejante engaño. Si nuestros “enemigos” llegaran a hacer una cosa así alguna vez, imaginen cómo reaccionarían los medios. Lo más increíble es que, así y todo, los sandinistas obtuvieron el 40% de los votos, mientras el *New York Times* proclamaba en sus titulares que los americanos estaban “unidos en la alegría” por este “triumfo del juego limpio”.

Los logros estadounidenses de los últimos quince años en América Central son una gran tragedia, no sólo por el costo humano indignante que representan, sino también porque hace diez años había esperanzas de un avance real hacia una democracia auténtica que pudiera satisfacer las necesidades de la población, con buenos resultados desde el principio en El Salvador, Guatemala y Nicaragua. Estos esfuerzos podrían haber funcionado y podrían haber servido de lección a otros países asediados por problemas semejantes, algo que obviamente temían los funcionarios de planificación estadounidenses.

La amenaza fue abortada con éxito, quizá para siempre.

Un campo de matanzas en Guatemala

Hubo un país en América Central que sí recibió atención en los medios estadounidenses antes de la revolución sandinista: Guatemala. En 1944, una revolución había derrocado a un dictador tiránico y había generado la instauración de una democracia que se basaba en el *New Deal* de Roosevelt. Durante el interludio democrático de diez años que siguió a esa revolución, se dieron los inicios de un proceso de desarrollo económico independiente.

Eso causó histeria en Washington. Eisenhower y Dulles advirtieron que la “autodefensa y la autopreservación” de Estados Unidos se verían en riesgo si no se exterminaba el virus de Guatemala. Los informes de inteligencia eran muy francos en cuanto a los peligros que representaba la democracia capitalista de ese país. Un documento de la CIA elaborado en 1952 describe la situación de Guatemala como “adversa a los intereses estadounidenses” debido a la “influencia comunista [...] basada en la militancia por la reforma social y las políticas nacionalistas”. El mismo memorándum señala que Guatemala “últimamente ha profundizado de modo considerable su apoyo a las actividades comunistas y antinorteamericanas de otros países en América Central”.

Uno de los principales ejemplos que cita el documento es la supuesta donación de 300.000 dólares a José Figueres. Como ya hemos dicho, José Figueres fue el fundador de la democracia en Costa Rica y una figura central de la democracia en el resto de América Central. Aunque había cooperado de buena voluntad con la CIA, había declarado que Estados Unidos era “portador del estandarte de nuestra causa” y era definido por el embajador estadounidense en Costa Rica como “el mejor medio de publicidad para la United Fruit Company en América Latina”, Figueres tenía cierta propensión a la independencia y, por lo tanto, no lo consideraban tan confiable como a Somoza o a otros rufianes que trabajaban para nosotros. Según la retórica estadounidense, esto lo convertía en un posible “comunista”. Por lo tanto, si Guatemala le donaba fondos para que ganara una elección, eso demostraba que los guatemaltecos apoyaban a los comunistas.

El mismo documento de la CIA decía que, aun peor, “las políticas revolucionarias y nacionalistas” del gobierno democrático capitalista, entre ellas la “persecución de los intereses económicos extranjeros, sobre todo en el caso de la United Fruit Company”, se habían ganado “el apoyo o la aceptación de casi todos los habitantes de Guatemala”. El gobierno estaba procediendo a “movilizar a un campesinado hasta ahora políticamente inerte” mientras socavaba el poder de los grandes terratenientes.

Es más, la revolución de 1944 había agitado “un fuerte movimiento nacional para liberar Guatemala de la dictadura militar, el rezago social y el ‘colonialismo económico’ que eran modelo del pasado” y había “inspirado la lealtad de casi todos los guatemaltecos con conciencia política, además de adaptarse a sus intereses”. Las cosas se complicaron todavía más cuando el éxito de la reforma agraria comenzó a amenazar la “estabilidad” en los países limítrofes, donde los pueblos que sufrían empezaron a prestar atención.

En síntesis, la situación era bastante desastrosa, así que la CIA llevó a cabo un golpe de Estado. Guatemala se convirtió en el matadero que sigue siendo hoy en día, con intervenciones sistemáticas de Estados Unidos cada vez que las cosas pueden salirse de la raya.

Hacia fines de la década de 1970, las atrocidades volvieron a subir unos escalones por encima de lo normal, que ya de por sí era terrible, y despertaron quejas. Sin embargo, a diferencia de lo que piensa la mayoría, la asistencia mi-

litar a Guatemala no se detuvo bajo el gobierno de Carter, que supuestamente respetaba los derechos humanos.

Nuestros aliados también son reclutas de esa misma causa, sobre todo en el caso de Israel, que se tiene como un “capital estratégico” en parte por sus logros en el direccionamiento del terrorismo de Estado.

En el gobierno de Reagan, el apoyo para las actividades casi genocidas en Guatemala se volvió más que entusiasta. Ríos Montt, el más extremo de los nazis guatemaltecos, recibió los elogios de Reagan como un hombre totalmente dedicado a la democracia. A principios de los años '80, los amigos del gobierno estadounidense masacraron a decenas de miles de personas en Guatemala, sobre todo a los aborígenes de las montañas, con una cantidad innumerable de torturas y violaciones. De hecho, diezmaron la población de zonas enormes.

En 1988, los terroristas del gobierno pusieron una bomba en el edificio de *La Época*, un periódico nuevo en Guatemala. Al mismo tiempo, los medios estadounidenses se mostraban escandalizados porque el periódico nicaragüense *La Prensa*, que recibía fondos de Estados Unidos, apoyaba al ejército terrorista e impulsaba abiertamente el derrocamiento del gobierno, había tenido que dejar de salir por un par de días porque faltaba papel. Ese hecho generó un torrente de indignación y maltrato contra el totalitarismo del gobierno sandinista en el *Washington Post* y en otros medios.

Sin embargo, la destrucción del diario *La Época* no despertó ningún interés en nuestro país, y la noticia ni siquiera fue difundida, aunque los periodistas estadounidenses estaban al tanto de ella. Naturalmente, no se podía esperar que los medios estadounidenses prestaran atención a que las fuerzas de seguridad financiadas por nuestro propio gobierno habían silenciado la única vocecita independiente que unas semanas antes había tratado de difundir la verdad sobre Guatemala.

Un año después, Julio Godoy, que había sido periodista de *La Época* y se había ido del país luego del ataque, volvió a Guatemala de visita por unos días. Cuando regresó a Estados Unidos, comparó la situación de América Central con la de Europa del Este. Según Godoy, los habitantes de Europa del Este “tienen más suerte que los centroamericanos” por la siguiente causa:

Mientras que el gobierno impuesto en Praga por Moscú degrada y humilla a los reformistas, el gobierno creado por Washington en Guatemala

directamente los mata. Y lo sigue haciendo, en una especie de genocidio que ya lleva más de 150.000 víctimas en [lo que Amnistía Internacional llama] “un programa estatal de homicidios por motivos políticos”

Si la prensa no consiente, como en el caso de *La Época*, directamente desaparece.

“Uno se ve tentado a pensar”, prosigue Godoy, “que algunos funcionarios de la Casa Blanca rinden culto a los dioses aztecas, con ofrendas de sangre centroamericana”. Por último, Godoy cita a un diplomático de Europa del Este que dijo: “Mientras que los estadounidenses no cambien su actitud con respecto a la región, aquí no habrá espacio para la verdad ni para la esperanza”.

La invasión de Panamá

Tradicionalmente, Panamá está bajo el control de una elite de descendientes de europeos, que forma menos del 10% de la población. Sin embargo, eso cambió en 1968, cuando el general populista Omar Torrijos encabezó un golpe de Estado para que los pobres de raza negra y mestiza obtuvieran al menos una parte del poder en el régimen militar.

En 1981, Torrijos sufrió un accidente de avión y murió. En 1983, la autoridad del país estaba en manos de Manuel Noriega, un criminal que había sido secuaz de Torrijos y de las fuerzas de inteligencia estadounidenses. El gobierno estadounidense sabía que Noriega estaba metido en el narcotráfico como mínimo desde 1972, cuando los funcionarios de Nixon habían considerado la posibilidad de matarlo. Sin embargo, había seguido trabajando para la CIA.

En 1983, un comité del Senado estadounidense llegaba a la conclusión de que Panamá era un centro importante para el tráfico de drogas y el lavado de dinero proveniente del narcotráfico. Así y todo, el gobierno estadounidense seguía valorando los servicios de Noriega. En 1986, el director de la DEA lo elogiaba por sus “políticas vigorosas en la lucha contra la droga”. Un año después, ese mismo director daba la bienvenida a nuestra “estrecha colaboración” con Noriega, mientras que Edwin Meese, el procurador general de nuestro país, ponía freno a una investigación del Departamento de Justicia estadounidense sobre las actividades delictivas del dirigente panameño.

En agosto de 1987, una resolución del Senado estadounidense que condenaba a Noriega fue rechazada por Elliott Abrams, el funcionario del Departamento

mento de Estado que se encontraba a cargo de nuestras políticas en América Central y en Panamá.

Sin embargo, cuando finalmente lo procesaron en Miami en 1988, todas las acusaciones menos una estaban relacionadas con las actividades que habían ocurrido *antes* de 1984, en la época en que Noriega era nuestro muchacho y nos ayudaba en la guerra contra Nicaragua, ganaba las elecciones con fraude gracias a nosotros y servía nuestros intereses satisfactoriamente. Esto no fue porque de repente se haya sabido que era un narcotraficante mafioso, ya que lo sabíamos desde el principio.

En realidad, el proceso es muy predecible, como se ha demostrado en varios estudios. Fue el caso típico de un dictador brutal que cruza la línea para dejar de ser un amigo admirable y pasar a ser una “escoria” o un “villano” cuando comete el delito de la independencia. Uno de los errores más frecuentes consiste en dejar de robarles sólo a los pobres, que está bien, y comenzar a meterse con los privilegiados, ganándose la antipatía de los empresarios.

Hacia mediados de los años '80, Noriega empezó a cometer esos delitos. Entre otras cosas, al parecer mostró cierta resistencia para ayudar a Estados Unidos en la guerra de los contras. Además, su independencia amenazaba nuestros intereses en el canal de Panamá. El 1 de enero de 1990, la administración del canal iba a quedar casi totalmente en manos de Panamá. Antes de esa fecha, teníamos que asegurarnos de que el país quedara a cargo de personas que tuviéramos bajo nuestro control.

Como ya no podíamos confiar en Noriega, tenía que irse del gobierno. Entonces, la Casa Blanca impuso sanciones económicas que prácticamente destruyeron la economía panameña y que afectaron sobre todo a las grandes mayorías de habitantes pobres e indígenas. Estas personas llegaron a odiar a Noriega, entre otras cosas porque era responsable de esa guerra económica que, por cierto, era ilegal, y que estaba causando que sus hijos pasaran hambre.

Luego, se intentó dar un golpe militar que resultó fallido. Por último, en diciembre de 1989, Estados Unidos festejó la caída del muro de Berlín y el fin de la Guerra Fría invadiendo Panamá y matando cientos o miles de civiles (la cifra exacta se desconoce y al norte del Río Grande a nadie le importa demasiado como para ponerse a investigar). Esta invasión le devolvió el poder a la elite de los blancos de clase alta que habían quedado relegados por el golpe de

Torrijos, justo a tiempo para garantizar un gobierno obediente durante el traspaso de poder administrativo sobre el canal (algo que advirtió la prensa europea de derecha).

A lo largo de este proceso, la prensa estadounidense siguió las indicaciones de la Casa Blanca, seleccionando quiénes eran los malos en virtud de nuestras necesidades del momento. Las actividades que hasta entonces habíamos tolerado se transformaron en crímenes. En 1984, por ejemplo, Arnulfo Arias había ganado las elecciones presidenciales en Panamá, pero Noriega había adulterado los resultados mediante la violencia y el fraude. Como todavía era obediente, seguía siendo nuestro hombre en Panamá. Además, se creía que el partido de Arias contenía elementos peligrosos de “ultranacionalismo”. Por lo tanto, el gobierno de Reagan elogió la violencia y el fraude y envió a Panamá a George Shultz, el secretario de Estado, para que legitimara las elecciones fraudulentas y ensalzara la versión “democrática” de Noriega como modelo para los sandinistas.

La alianza entre nuestro gobierno y los medios de prensa se abstuvo de criticar el fraude electoral en Panamá, pero se ocupó de calificar como totalmente inválidas las elecciones mucho más libres y honestas que realizaron los sandinistas ese mismo año, porque no eran controlables.

En mayo de 1989, Noriega volvió a robarse las elecciones, pero esta vez su rival era Guillermo Endara, un representante del sector empresarial. Aunque empleó menos violencia que en 1984, el gobierno de Reagan ya había dado la señal de que estaba en contra de él. Como era de esperar, la prensa se mostró escandalizada porque había faltado a nuestros elevados ideales democráticos. Además, los medios empezaron a denunciar arduosamente las violaciones a los derechos humanos que antes no les habían llamado la atención en lo más mínimo. En diciembre de 1989, cuando invadimos Panamá, la prensa había demonizado a Noriega y lo había transformado en el monstruo más terrible desde Atila, en una jugada que imitaba a la demonización de Kaddafi en Libia. [El periodista televisivo] Ted Koppel declaraba que “Noriega pertenece a esa fraternidad especial de villanos internacionales, como Kaddafi, Idi Amin y el ayatolá Khomeini, que a los estadounidenses les encanta odiar”. Dan Rather [el conductor del noticiero de la cadena CBS] lo ubicaba “arriba de todos en la lista de los principales narcotraficantes y rufianes del mundo”. En realidad, Noriega seguía siendo un mafioso de poca monta, exactamente lo mismo que era cuando trabajaba para la CIA.

En 1988, por ejemplo, Americas Watch [una organización estadounidense para la protección de los derechos humanos] publicó un informe sobre la situación de los derechos humanos en Panamá que presentaba un panorama bastante desagradable. Sin embargo, en ese informe y en otras investigaciones se aclara que el historial de Noriega en materia de derechos humanos no se acerca ni remotamente al de otros protegidos de Estados Unidos en la región ni empeoró con respecto a lo que era cuando todavía seguía nuestras órdenes. Tomemos por ejemplo el caso de Honduras. Aunque no hay terrorismo de Estado como en El Salvador o Guatemala, probablemente las violaciones a los derechos humanos fueran más graves allí que en Panamá. Es más, en Honduras hay un batallón entrenado por la CIA que llevó a cabo más atrocidades que Noriega en todo su mandato. O pensemos en otros dictadores respaldados por Estados Unidos, como Trujillo en República Dominicana, Somoza en Nicaragua, Marcos en Filipinas, Duvalier en Haití y todos los mafiosos centroamericanos que gobernaron en los años '80. Cada uno de ellos fue muchísimo más violento que Noriega, pero nuestro gobierno los apoyó con entusiasmo durante años y años de crímenes atroces, siempre y cuando las ganancias siguieran saliendo de sus países y entrando en el nuestro. George Bush elogiaba a criminales como Mobutu, Ceausescu y Saddam Hussein, que eran mucho más crueles que Noriega. Es más, se podría decir que Suharto, de Indonesia, es el peor asesino de todos, pero para los medios gobernados por la Casa Blanca, es un "moderado".

De hecho, exactamente al mismo tiempo que invadía Panamá por su supuesta indignación ante las violaciones contra los derechos humanos perpetradas por Noriega, el gobierno de Bush anunciaba que se iban a reiniciar las ventas de productos de alta tecnología a China, explicando que estaban en juego 300 millones de dólares en negocios para las empresas estadounidenses y que los contactos se habían retomado en secreto unas semanas después de la masacre en la plaza de Tiananmen.

El mismo día de la invasión a Panamá, la Casa Blanca también anunciaba sus planes de levantar la prohibición de otorgar préstamos a Irak. El Departamento de Estado explicaba, sin que se le moviera un pelo, que esa medida era para lograr "el objetivo de aumentar las exportaciones estadounidenses y quedar en mejor posición frente a Irak para tratar la cuestión de las violaciones contra los

derechos humanos”. Sus funcionarios sostuvieron esta misma pose mientras Bush desairaba a la oposición democrática iraquí (compuesta de profesionales, banqueros, etcétera) y obstaculizaba los intentos del Congreso por condenar los crímenes atroces de su viejo amigo, Saddam Hussein. Comparado con los amigos de Bush en Bagdad y Beijing, Noriega era la Madre Teresa.

Después de la invasión, Bush anunció que se iban a destinar 1.000 millones de dólares en asistencia financiera para Panamá. Del total, 400 millones de dólares iban a servir de incentivos para empresas estadounidenses que exportaran a Panamá, 150 millones de dólares se iban a usar para saldar deudas bancarias y 65 millones de dólares se iban a emplear para otorgar préstamos al sector privado y garantías a los inversores estadounidenses. En otras palabras, más de la mitad de la asistencia en realidad era una donación de los contribuyentes estadounidenses para las empresas de su propio país.

Estados Unidos les devolvió el poder a los banqueros panameños. Sin embargo, las actividades de Noriega en el narcotráfico eran insignificantes comparadas con las de esos personajes. En Panamá, el tráfico de drogas siempre estuvo dirigido principalmente por los bancos. Como el sistema bancario prácticamente no está regulado, es una vía natural para el lavado de dinero. Ésta siempre fue la base de la economía panameña, que de por sí es artificial, y lo siguió siendo después de la invasión, incluso tal vez más. Las Fuerzas de Defensa de Panamá también fueron reconstruidas con casi los mismos oficiales.

En general, todo sigue siendo lo mismo, sólo que ahora manda un gobierno servil más confiable. (La situación es igual en Grenada, que se ha convertido en un centro importantísimo para el lavado de dinero desde la invasión estadounidense, mientras que Nicaragua también se transformó en una vía de paso para las drogas destinadas al mercado estadounidense después del triunfo de Washington en las elecciones de 1990. El modelo se repite, igual que la desatención de los medios.)

Una vacuna para el sudeste asiático

Las guerras de Estados Unidos en Indochina siguen el mismo modelo general. En 1948, el Departamento de Estado ya reconocía claramente que el Viet Minh, la liga de resistencia contra los franceses liderada por Ho Chi Minh, era el movimiento nacional de Vietnam por antonomasia. Sin embargo, ese movi-

miento no cedía el control a la oligarquía local, sino que favorecía el desarrollo independiente e ignoraba los intereses de los inversores extranjeros.

Había cierto temor de que triunfara el Viet Minh y de que la “podredumbre” se propagara y el “virus” llegara a “contagiar” al resto de la región, para reproducir las palabras que usaban los funcionarios de planificación año tras año. (Con la excepción de algunos chiflados y algunos tontos, nadie temía de verdad la posibilidad de una conquista: lo que les daba miedo era la posibilidad de que hubiera un buen ejemplo de desarrollo positivo.)

¿Qué se hace cuando uno tiene un virus? Primero, hay que destruirlo. Después, hay que vacunar a las víctimas potenciales para que la enfermedad no se propague. En líneas generales, ésa es la estrategia de Estados Unidos para el Tercer Mundo.

Si es posible, lo ideal es que el ejército local destruya el virus en lugar de hacerlo uno mismo. Si los militares del propio país no lo logran, hay que trasladar las tropas de uno. Eso cuesta más y es más feo, pero a veces es necesario. Vietnam fue uno de los lugares en que tuvimos que hacerlo.

Hacia fines de la década de 1960, Estados Unidos impidió todos los intentos de resolución política del conflicto, incluso los que hacían los propios generales de Saigón. Si había una solución pacífica del conflicto, podría producirse un avance hacia el desarrollo independiente por fuera de nuestro campo de influencia, y eso hubiera sido inaceptable.

En cambio, instalamos el terrorismo de Estado al estilo latinoamericano en Vietnam del Sur, manipulamos los resultados de las únicas elecciones libres en la historia de Laos porque había ganado el bando contrario y obstaculizamos las votaciones en Vietnam porque era obvio que allá también iba a ganar el bando contrario.

El gobierno de Kennedy avanzó un escalón más en el embate contra Vietnam del Sur cuando se pasó del terrorismo de Estado a la agresión directa. Johnson envió una tropa de exploración muy numerosa para atacar Vietnam del Sur y expandió las operaciones por todo el territorio de Indochina. Eso sí que fue eficaz para destruir el virus, pero Indochina tendrá suerte si le lleva menos de cien años recuperarse.

Mientras Estados Unidos extirpaba de raíz el cáncer del desarrollo independiente en Vietnam, también prevenía su aparición en otros países apoyando el

golpe de Suharto en Indonesia en 1965, respaldando a Ferdinando Marcos en el derrocamiento del gobierno democrático de Filipinas en 1972, elogiando la imposición de la ley marcial en Tailandia y Corea del Sur, etcétera.

El golpe que dio Suharto en Indonesia en 1965 fue particularmente bien recibido en Occidente porque sirvió para destruir el único partido político con militancia de base en todo ese territorio. Para eso, en pocos meses fueron masacradas unas 700.000 personas, en su mayoría campesinos sin tierras. Tal fue el “rayo de luz en Asia” que tanto regocijó a James Reston, el periodista estrella del *New York Times*, quien aseguró a sus lectores que Estados Unidos había participado en esa victoria.

Los países de Occidente estaban muy complacidos de hacer negocios con el nuevo gobernante “moderado” de Indonesia, como lo describía el *Christian Science Monitor*. Pero primero tenía que lavarse de las manos al menos una parte de la sangre derramada, mientras se seguían sumando cientos de miles de cadáveres en Timor Oriental y en otros países. Este genocida tiene “un corazón benigno”, según nos aseguraba el semanario inglés *The Economist*, refiriéndose sin duda a su actitud con las empresas occidentales.

Después de que se acabara la guerra de Vietnam en 1975, el principal objetivo de las políticas estadounidenses fue maximizar la represión y el sufrimiento en los países ya devastados por nuestras agresiones. El grado de crueldad en algunos casos resulta increíble.

Cuando los menonitas quisieron mandar lápices a Camboya, el Departamento de Estado intentó evitarlo. Cuando Oxfam quiso mandar diez bombas de agua de energía solar, la reacción fue la misma. Y también pasó lo mismo cuando las agrupaciones religiosas quisieron mandar palas a Laos para desenterrar las minas explosivas que había dejado activas el ejército estadounidense. Cuando el gobierno de la India intentó mandar cien búfalos a Vietnam para reemplazar las manadas enormes que había destruido el ejército estadounidense, en un país primitivo donde esos animales sirven para fertilizar, para arar y para sobrevivir, Estados Unidos amenazó con cancelar los envíos de asistencia económica y alimentaria, en una jugada que Orwell habría sabido apreciar.

No hay grado de violencia que les parezca excesivo a los sádicos de Washington. Y los estratos más cultos de la población se hacen los distraídos.

Para desangrar a Vietnam, apoyamos indirectamente a los Jemeres Rojos mediante nuestros aliados, China y Tailandia. Los camboyanos tienen que pagar con sangre la garantía de que no haya ninguna recuperación en Vietnam. Los vietnamitas tienen que sufrir un castigo por haberse resistido a la violencia estadounidense.

A diferencia de lo que dice la mayoría de la gente, sea de izquierda o de derecha, Estados Unidos sí que logró alcanzar sus principales objetivos en Indochina. Vietnam se derrumbó. No hay ningún riesgo de que logre desarrollarse y funcione como modelo para los otros países de la región.

Obviamente, no fue un triunfo absoluto. Nuestro objetivo mayor era reincorporar a Indochina en el sistema mundial dominado por Estados Unidos, pero eso todavía no se logró. Sin embargo, el objetivo básico, el más fundamental, el que más nos importaba, era destruir al virus, y eso sí que lo logramos. Vietnam es un caso perdido y Estados Unidos hace todo lo posible para que lo siga siendo. En octubre de 1991, el gobierno estadounidense ignoró una vez más las protestas airadas de sus aliados en Europa y Japón para renovar el embargo y las sanciones económicas contra Vietnam.

El Tercer Mundo tiene que aprender que nadie debe atreverse a levantar la cabeza. El detentor del poder de policía a nivel mundial perseguirá incansablemente a quien se anime a cometer semejante delito.

La guerra del Golfo

Si corremos el velo de las campañas propagandísticas, veremos claramente que la guerra del Golfo presenta los mismos principios rectores.

Cuando Irak invadió Kuwait en agosto de 1990, el Consejo de Seguridad de la ONU condenó el ataque de inmediato y le impuso sanciones severas a Irak. ¿Por qué tuvo una reacción tan veloz y más firme que nunca? La alianza entre el gobierno estadounidense y los medios tenía una respuesta preparada.

Primero, nos hizo creer que Irak había cometido un delito extraordinario que, por lo tanto, merecía una reacción igualmente extraordinaria en su dureza. “La postura de Estados Unidos es la misma de siempre: nos oponemos a la agresión, nos oponemos a quienes usan la fuerza para reemplazar el imperio de la ley”, nos informaba el presidente Bush (padre), el mismo que había invadido Panamá y el único jefe de Estado que recibió una condena del Tribunal Inter-

nacional de Justicia por “uso ilegal de la fuerza”, según el dictamen sobre el ataque estadounidense contra Nicaragua. Los medios y los integrantes de las clases más cultas repitieron como buenos alumnos la frase que les enseñó su Líder, cayendo de rodillas ante la magnificencia de sus principios morales.

Segundo, las mismas autoridades proclamaron, en una especie de letanía, que la ONU por fin estaba funcionando como debía. Además, dijeron que esa eficacia había sido imposible antes de que terminara la Guerra Fría, porque lo impedían las irrupciones de los soviéticos y la retórica antioccidental del Tercer Mundo. Ninguna de estas afirmaciones tolera el más mínimo análisis. Estados Unidos no estaba defendiendo ningún principio moral en el Golfo, como tampoco lo hacían otros países. El motivo de la reacción inédita contra Saddam Hussein no fue que su agresión hubiera sido tan brutal, sino que se metió con los intereses equivocados.

Saddam Hussein es un rufián asesino, el mismo rufián asesino que era antes de la guerra del Golfo, cuando lo teníamos de amigo y de socio comercial privilegiado. Sin duda, la invasión de Kuwait fue una atrocidad, pero no se salió para nada del registro de otros crímenes semejantes perpetrados por el gobierno estadounidense y sus aliados, y no les llegó ni a los talones a algunos de esos crímenes.

La invasión de Indonesia y la ocupación militar de Timor Oriental alcanzaron proporciones prácticamente genocidas gracias al respaldo decisivo de Estados Unidos y sus aliados. Se cree que una cuarta parte de la población (700.000 personas) fue asesinada en una carnicería que, en términos relativos, supera la magnitud de la perpetrada por Pol Pot durante la misma época.

Daniel Moynihan, que entonces era nuestro embajador ante la ONU y hoy es senador por Nueva York, explicó con las siguientes palabras sus logros respecto de Timor Oriental: “Estados Unidos quería que todo resultara como resultó y se esforzó para ello. El Departamento de Estado deseaba que las medidas de la ONU no fueran eficaces. Ésa fue la tarea que se me encomendó, y yo la llevé a cabo con un éxito considerable”.

El ministro de Relaciones Exteriores de Australia justificó la aceptación de su país ante la ocupación de Timor Oriental (y la posterior participación, junto con Indonesia, en el robo de sus reservas petrolíferas) señalando simplemente que “el mundo es un lugar bastante injusto, plagado de ejemplos de

adquisición por la fuerza”. Sin embargo, cuando Irak invadió Kuwait, su gobierno emitió una declaración rimbombante que decía que “los países grandes no pueden invadir a sus vecinos más débiles y salirse con la suya”. Evidentemente, no hay grado de cinismo que afecte a la ecuanimidad de los moralistas occidentales.

En cuanto a la afirmación de que la ONU por fin funcionaba como debía, los hechos están claros, pero son censurados por los guardianes de la corrección política que controlan los medios de expresión con mano dura. Durante muchos años, la labor de la ONU fue obstaculizada por las grandes potencias, principalmente por Estados Unidos, no por la Unión Soviética ni por el Tercer Mundo. Desde 1970, Estados Unidos vetó muchísimas más resoluciones del Consejo de Seguridad que cualquier otro país (el segundo puesto lo ocupa Gran Bretaña, seguida de lejos por Francia y la Unión Soviética). Nuestro historial en la Asamblea General es semejante. Y esa supuesta “retórica antioccidental” del Tercer Mundo por lo general resulta ser un llamado a respetar el derecho internacional, que constituye una barrera lastimosamente débil contra las deprecaciones de los poderosos.

La ONU pudo responder ante las agresiones iraquíes porque, por una vez, Estados Unidos permitió que respondiera. La severidad inédita de las sanciones que impuso fue resultado de la presión y las amenazas estadounidenses. Esas sanciones tuvieron la posibilidad extraordinaria de funcionar debido a que eran muy estrictas y a que los países que típicamente las vetan (Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia) por una vez decidieron apoyarlas.

Sin embargo, después de que se aplicaran las sanciones, Estados Unidos accionó de inmediato para cerrar la vía diplomática cuando despachó tantas tropas al Golfo, con la compañía de Gran Bretaña y el apoyo de las dictaduras familiares que gobiernan los estados petroleros de la zona. Los demás países sólo participaron nominalmente.

En realidad, se podría haber mantenido allí una tropa menos numerosa con poder disuasivo para darles tiempo a las sanciones de surtir efecto, pero medio millón de soldados era demasiado. El objetivo de enviar esas fuerzas tan rápido fue evitar el peligro de que Irak saliera de Kuwait por medios pacíficos.

¿Por qué resultaba tan poco atractiva la solución diplomática? El 2 de agosto, unas semanas después de la invasión a Kuwait, empezaban a quedar claros los

lineamientos básicos de un posible acuerdo político. La resolución número 660 del Consejo de Seguridad, que exigía la retirada de Irak, también demandaba que al mismo tiempo hubiera negociaciones sobre la cuestión de las fronteras. Hacia mediados de agosto, el Consejo Nacional de Seguridad ya evaluaba una propuesta de Irak para retirarse de Kuwait en ese contexto. Al parecer, había dos temas: primero, el acceso de Irak al Golfo, que hubiera implicado el arrendamiento o algún otro tipo de control sobre dos marismas deshabitadas que Gran Bretaña le había asignado a Kuwait y que habían dejado a Irak prácticamente sin salida al mar; segundo, la resolución de un conflicto en torno a un yacimiento petrolífero que se adentraba unos tres kilómetros en Kuwait bajo una frontera que no estaba bien demarcada.

Sin embargo, Estados Unidos rechazó de lleno la propuesta y todo tipo de negociaciones. El 22 de agosto, sin revelar esos datos sobre la iniciativa iraquí (que aparentemente le constaban), el *New York Times* informó que el gobierno de Bush estaba decidido a bloquear la “vía diplomática” por miedo a que ésta sirviera para “desactivar la crisis”. (Una semana después, el periódico *Newsday*, de Long Island, publicó la información más concreta, pero los medios en general guardaron silencio.)

La última oferta realizada antes del bombardeo, el 2 de enero de 1991, exigía la retirada total de Irak. No había ninguna aclaración con respecto a las fronteras, pero la oferta se hizo en el contexto de ciertos acuerdos inespecíficos sobre otros temas “vinculados”: la presencia de armas de destrucción masiva en la región y el conflicto árabe-israelí. Entre estos temas se incluye la ocupación ilegal de Israel en el sur del Líbano, que viola la resolución 425 del Consejo de Seguridad de la ONU, emitida en marzo de 1978 para la liberación inmediata e incondicional del territorio invadido. La respuesta de Estados Unidos fue rechazar la diplomacia. Con la excepción del *Newsday*, los medios ocultaron la verdad, mientras elogiaban los principios morales de Bush.

Estados Unidos se negó a considerar las “vinculaciones” porque se oponía a la solución diplomática de esos temas. Eso había quedado claro meses antes de la invasión iraquí a Kuwait, cuando el gobierno estadounidense había rechazado la oferta de negociar con Irak por el tema de las armas de destrucción masiva. En esa oferta de negociación, Irak proponía destruir todas las armas químicas y biológicas si los otros países de la región hacían lo mismo.

En ese momento, Saddam Hussein era amigo y aliado de Bush, así que recibió una respuesta inestructiva. El gobierno estadounidense contestó que la propuesta de Irak era bienvenida, pero que no quería vincularla con “otros temas o sistemas de armas”. En ningún momento se mencionaba cuáles eran esos otros “sistemas”, pero se cree que Israel no sólo tiene armas químicas y biológicas, sino también que es el único país de Oriente Medio con armas nucleares (en una cifra cercana a las doscientas). Sin embargo, las fuentes oficiales del gobierno estadounidense no pueden escribir ni pronunciar la frase “armas nucleares de Israel”, porque esa frase haría que nos preguntáramos si toda la asistencia a Israel no es ilegal, ya que hay una norma de 1977 sobre ese tema que prohíbe el envío de fondos a todo país que desarrolle armas nucleares en secreto.

Al margen de la invasión iraquí, Estados Unidos siempre había bloqueado todos los “procesos de paz” en Oriente Medio si suponían la formación de una conferencia internacional de paz y el reconocimiento del derecho a la autodeterminación de los palestinos. Hace veinte años que el gobierno estadounidense mantiene esta postura prácticamente en soledad. Si se analizan los votos en la ONU, todos los años se reconoce el mismo patrón. Una vez más, en diciembre de 1990, en plena crisis del Golfo, la formación de la conferencia internacional fue aprobada en la ONU por 144 votos contra 2 (Estados Unidos e Israel). Esto no tenía nada que ver con el enfrentamiento entre Irak y Kuwait.

Estados Unidos también se negó categóricamente a permitir la retirada iraquí por los medios pacíficos que prescribe el derecho internacional. En cambio, prefirió evitar la diplomacia y acotar el conflicto al campo de la violencia, donde una superpotencia sin factores disuasivos siempre lleva las de ganar contra cualquier país del Tercer Mundo.

Como ya dijimos, Estados Unidos suele llevar a cabo o respaldar acciones de agresión mucho más criminales que la invasión de Irak a Kuwait. Sólo los papistas más empecinados pueden ignorar estos hechos, o dejar de reconocer que en los casos extraordinarios en que Estados Unidos se opone a las acciones ilegales de sus aliados, no tiene ningún problema con las “vinculaciones”.

Tomemos como ejemplo la ocupación sudafricana de Namibia, que el Tribunal Internacional y la ONU declararon ilícita en la década de 1960. Estados Unidos predicó la “diplomacia discreta” y el “contacto constructivo” durante

años, negociando un acuerdo que, a cambio de las agresiones y las atrocidades cometidas por Sudáfrica, le otorgaba muchas recompensas (entre ellas, el principal puerto de Namibia) y reconocía las “vinculaciones” extensivas a la región del Caribe, además de beneficiar los intereses de los empresarios extranjeros.

Las tropas cubanas que habían defendido de la ocupación sudafricana el territorio de Angola, limítrofe con Namibia, también fueron retiradas. Tal como en Nicaragua después de los “acuerdos de paz” de 1987, el gobierno estadounidense seguía apoyando al ejército terrorista junto con sus aliados (Zaire y Sudáfrica) y preparaba el terreno para unas “elecciones democráticas” al estilo nicaragüense en 1992, para que el pueblo fuera a las urnas bajo amenaza de presiones económicas y ataques terroristas si votaba al bando contrario.

Mientras tanto, Sudáfrica continuaba saqueando y destruyendo Namibia, usando su territorio como base de operaciones contra los países limítrofes. Entre 1980 y 1988, durante los mandatos de Reagan y Bush, los actos de violencia perpetrados por Sudáfrica provocaron pérdidas por 60.000 millones de dólares y dejaron más de un millón y medio de víctimas fatales en los países limítrofes (sin contar Namibia ni Sudáfrica). Sin embargo, los comisarios políticos estaban ciegos ante esta realidad y elogiaban la extraordinaria demostración de principios de George Bush en su oposición a las “vinculaciones” (siempre que se estén metiendo con nosotros). En líneas más generales, oponerse a las “vinculaciones” es poco más que rechazar la diplomacia, porque siempre están implicados temas más amplios.

En el caso de Kuwait, la postura de Estados Unidos fue especialmente endeble. Cuando Saddam Hussein se pasó de la raya, el gobierno de Bush instó a un acuerdo en la región para garantizar la seguridad y se empeñó en eliminar la capacidad de agresión de los iraquíes, pero esta postura correcta presentaba un contraste con la posición anterior de apoyar las atrocidades cometidas por Saddam. Ahora bien, a eso llamamos “vinculaciones”. La verdad es que Estados Unidos temía que la diplomacia “desactivara la crisis” y, por lo tanto, obstaculizó las “vinculaciones” diplomáticas en todo momento mientras se preparaba para la guerra.

Al rechazar la diplomacia, Estados Unidos logró sus principales objetivos en el Golfo. Lo que nos importaba era que los recursos petroleros incomparables de Oriente Medio quedaran en nuestras manos y que las ganancias enormes que

producen ayudaran a sostener la economía estadounidense y la de su cliente, Gran Bretaña.

Además, Estados Unidos reforzó su posición dominante y le dio al mundo entero la lección de que siempre prevalece la fuerza. Una vez logrados esos objetivos, el gobierno estadounidense procedió a conservar la “estabilidad”, impidiendo toda posibilidad de progreso democrático en las tiranías del Golfo y prestando su apoyo tácito a Saddam Hussein mientras sofocaba los levantamientos populares de los kurdos en el norte y de los chiitas en el sur, a pocos kilómetros de nuestras bases militares.

Sin embargo, el gobierno de Bush todavía no había logrado el objetivo que su vocero Thomas Friedman, el corresponsal diplomático del *New York Times*, describía como “el mejor de los escenarios: una junta iraquí con mano de hierro, pero sin Saddam Hussein”. Según el periodista, esto hubiera sido como una vuelta a las buenas épocas en las que Saddam “con su mano de hierro [...] sostenía la unión de Irak, para bien de Turquía y Arabia Saudita, los aliados estadounidenses”, por no mencionar el propio jefe de Estado norteamericano. Pero la situación actual en el Golfo refleja las prioridades de la superpotencia que tenía todas las de ganar, otra obviedad que debe permanecer invisible ante los ojos de los guardianes de la fe.

El encubrimiento de la operación Irán-Contra

Los principales elementos del caso Irán-Contra ya eran conocidos mucho antes de que quedaran expuestos en 1986, con una salvedad: se desconocía la relación entre la venta de armas a Israel vía Irán y la guerra ilegal de los contras dirigida por el coronel Oliver North desde la Casa Blanca.

En efecto, el envío de armas a Israel vía Irán no comenzó en 1985, cuando el Congreso y el fiscal especial tomaron cartas en el asunto, sino en 1979, inmediatamente después de la caída del sah de Irán. En 1982, era de conocimiento público que Israel suministraba gran parte de las armas iraníes, tal es así que la información salía en la tapa del *New York Times*.

En febrero de ese año, las principales figuras israelíes cuyos nombres luego iban a mencionarse en las audiencias sobre la operación Irán-Contra aparecieron en un programa de televisión de la BBC describiendo cómo habían ayudado a organizar el envío de armas al régimen de Khomeini. En octubre, el embajador

de Israel en Estados Unidos declaró públicamente que su país estaba mandando armas a Khomeini “con la colaboración de Estados Unidos [...] casi al más alto nivel”. Los altos jerarcas israelíes que estaban involucrados también dieron sus motivos: había que entablar relaciones con elementos de las fuerzas militares iraníes que pudieran derrocar al régimen para restaurar las condiciones predominantes bajo el gobierno del sah (o sea, el procedimiento habitual).

En cuanto a la guerra de los contras, la información básica sobre las operaciones ilegales de la CIA y el coronel North ya era conocida en 1985 (más de un año antes de que se difundiera públicamente al caer un avión de provisiones estadounidense que transportaba al agente Eugene Hasenfus). Pero los medios habían decidido hacer la vista gorda.

Entonces, ¿qué fue lo que finalmente generó el escándalo Irán-Contra? A la larga, llegó el momento en que ya no se podía ocultar más. Cuando derribaron en Nicaragua el avión donde iba Hasenfus, cargado de armas de la CIA para los contras, y la prensa libanesa informó que el Consejero de Seguridad Nacional de Estados Unidos estaba repartiendo biblias y pasteles de chocolate en Teherán, la noticia no pudo silenciarse más. Después de eso, surgió la relación entre los dos casos.

Entonces, hubo que pasar a la etapa siguiente: el control de daños. Eso fue lo que siguió. Para más información sobre todo esto, se pueden consultar mis libros *El triángulo fatal* de 1983, *La quinta libertad* de 1985 y *La cultura del terrorismo* de 1987.

La perspectiva para Europa del Este

Lo más notable de los sucesos que se dieron en Europa del Este durante la década de 1980 fue que el poder imperial simplemente retrocedió. La Unión Soviética no sólo permitió que funcionaran los movimientos populares, sino que los alentó. Esa situación tiene pocos antecedentes históricos. No fue así por pura amabilidad de los soviéticos, sino porque había ciertas necesidades internas. Pero lo cierto es que pasó y, en consecuencia, los movimientos populares de Europa del Este no tuvieron que enfrentarse con nada que se pareciera ni remotamente a lo que habrían tenido que enfrentar en nuestro terreno.

Como bien señala la publicación de los jesuitas salvadoreños, en su país, Václav Havel (el prisionero político que después sería presidente de Checoslova-

quia) no habría terminado preso en la cárcel, sino descuartizado y tirado a la vera de alguna ruta.

La Unión Soviética llegó incluso a pedir disculpas por el uso de la violencia en tiempos pasados, algo que tampoco tenía precedentes. Los diarios estadounidenses llegaron a la conclusión de que, como los rusos habían reconocido que la invasión a Afganistán era un delito de derecho internacional, por fin se estaban sumando a la civilización. Como mínimo, es interesante. ¿Qué tal si alguien de los medios estadounidenses insinuara que Estados Unidos debería tratar de superar el nivel moral del Kremlin y reconocer que los ataques a Vietnam, Camboya y Laos fueron delitos de derecho internacional?

El único país de Europa del Este donde se propagó la violencia generalizada cuando cayó la tiranía fue precisamente aquel donde los soviéticos tenían menos influencia y nosotros teníamos más: Rumania. Nicolás Ceausescu, el dictador rumano, fue recibido con honores cuando visitó Inglaterra. Estados Unidos le otorgó tratamiento de nación favorecida, ventajas comerciales y otros beneficios por el estilo.

En ese entonces, Ceausescu era igual de violento y demente, pero como se había retirado prácticamente del pacto de Varsovia y estaba siguiendo un camino en cierta medida independiente, sentimos que estaba de nuestro lado en la lucha internacional. (Nosotros estamos a favor de la independencia, siempre y cuando sea en otros imperios, no en el nuestro.)

En los demás países de Europa del Este, los levantamientos fueron bastante pacíficos. Hubo cierto grado de represión, pero en términos históricos, 1989 fue un año único. No se me ocurre ningún otro caso que se le asemeje. Creo que la perspectiva para Europa del Este es bastante sombría. Occidente tiene un plan para esa región: quiere convertirla en parte del Tercer Mundo, una parte nueva y fácil de explotar.

Antes existía una suerte de relación colonial entre Europa del Este y Europa Occidental. Es más, la interrupción de ese vínculo por culpa de Rusia fue una de las causas de la Guerra Fría. Ahora se está restableciendo y está gestándose un conflicto grave en torno a quién vencerá la carrera del saqueo y la explotación. ¿Será Europa Occidental, liderada por Alemania (que por ahora va ganando)? ¿Será Japón (que está esperando a ver cuáles son los beneficios reales)? ¿O será Estados Unidos (que está tratando de sumarse a la contienda)?

Hay muchísimos recursos para llevarse y muchísima mano de obra barata para las plantas de ensamblado, pero primero tenemos que imponerles el modelo capitalista. Para nosotros no lo aceptamos, pero para el Tercer Mundo, no paramos de insistir con ese modelo. Ése es el sistema del FMI. Si logramos que lo adopten, serán muy fáciles de explotar y se instalarán pronto en su nuevo rol, como Brasil o México.

En muchos sentidos, Europa del Este tiene más atractivo que América Latina para los inversores. Uno de los motivos es la población, blanca y de ojos claros, que por lo tanto resulta más fácil de tratar para los inversores provenientes de sociedades muy racistas, como Europa Occidental y Estados Unidos.

Y sobre todo, en Europa del Este los niveles generales de salud y educación son mucho más altos que en América Latina, donde, con la salvedad de algunos sectores aislados y privilegiados, la salud y la educación son un desastre. Una de las pocas excepciones en este aspecto es Cuba, que en efecto se acerca a los niveles occidentales de alfabetismo y salud, pero su futuro es muy desalentador.

Una de las causas que explican esa disparidad entre Europa del Este y América Latina es el nivel mucho mayor de terrorismo de Estado que impera en la segunda desde que terminaron los años de Stalin. Otra causa es la política económica.

De acuerdo con los servicios de inteligencia estadounidenses, la Unión Soviética destinó unos 80.000 millones de dólares a Europa del Este durante la década de 1970. En América Latina, la situación es bastante distinta. Entre 1982 y 1987, se transfirieron unos 150.000 millones de dólares *de América Latina a* las potencias occidentales. Según el *New York Times*, se calcula que “las operaciones ocultas” (como el lavado de dinero del narcotráfico, las ganancias ilegales, etcétera) podrían alcanzar los 700.000 millones de dólares. Los efectos en América Central son especialmente desastrosos, pero lo mismo vale para el resto de los países latinoamericanos: imperan la pobreza, la desnutrición, la mortalidad infantil, la destrucción ambiental, el terrorismo de Estado y la caída del nivel de vida muy por debajo de lo habitual.

La situación en África es todavía peor. La catástrofe del capitalismo fue particularmente severa en la década de 1980, cuando se transformó en una “pesadilla incesante” bajo el dominio de las potencias occidentales, según las palabras certeras de las autoridades de la Organización de la Unidad Africana.

Los datos aportados por la Organización Mundial de la Salud revelan que cada año mueren unos 11 millones de niños y niñas en los “países en vías de desarrollo”, un “genocidio silencioso” que podría acabarse rápidamente si los recursos se destinaran a las necesidades básicas de las personas en lugar de destinarse al enriquecimiento de unos pocos.

En una economía global diseñada para beneficiar los intereses y las necesidades de las grandes empresas internacionales y del mundo financiero, así como de los sectores que trabajan para ellos, la mayoría de las personas se vuelven superfluas. Si las estructuras internacionales de poder y privilegio siguen funcionando sin control ni resistencia popular, todas esas personas quedarán marginadas.

El matón a sueldo del mundo

Durante la mayor parte de este siglo, Estados Unidos fue, por lejos, la potencia económica que dominó el mundo. Gracias a eso, las medidas de control económico se usaron como un arma poderosa, desde los embargos ilegales hasta la aplicación de las recetas del FMI (para los más débiles).

Sin embargo, en los últimos veinte años, Estados Unidos viene sufriendo una caída respecto de Japón y de Europa Occidental (liderada por Alemania), debido en parte a la mala administración económica durante el gobierno de Reagan, que montó una bacanal para los ricos, mientras la mayoría de la población y las generaciones futuras pagaban el costo.

Al mismo tiempo, en cambio, el predominio militar estadounidense se ha vuelto casi absoluto. Mientras la Unión Soviética seguía en pie, había ciertos límites para la fuerza que podía aplicar Estados Unidos, sobre todo en las zonas más alejadas, donde no corríamos con mucha ventaja en términos de fuerza convencional. Como la Unión Soviética apoyaba a los gobiernos y los movimientos políticos que Estados Unidos trataba de destruir, existía el riesgo de que la intervención estadounidense en el Tercer Mundo hiciera estallar una guerra nuclear. Una vez que hubo caído la fuerza disuasiva de los soviéticos, Estados Unidos se vio mucho más libre de recurrir a la violencia en distintas partes del mundo, como lo reconocen con gran satisfacción los analistas políticos estadounidenses hace ya varios años.

En todo enfrentamiento, cada participante trata de llevar la batalla al terreno en el que tiene más probabilidades de ganar. Cada uno pretende sacar ventaja

con su fortaleza, jugar la carta más alta. Para Estados Unidos, esa carta es el uso de la fuerza. Entonces, si logramos sentar el principio de que la fuerza domina el mundo, para nosotros será una victoria. Si, en cambio, los conflictos se resuelven por medios pacíficos, eso nos beneficia menos, porque en ese terreno nuestros rivales son tan buenos como nosotros, o incluso mejores que nosotros.

La diplomacia es una opción especialmente adversa para Estados Unidos, salvo que se la imponga a punta de pistola. El gobierno estadounidense cuenta con escaso apoyo popular para sus objetivos en el Tercer Mundo, lo que no resulta extraño, ya que trata de imponer estructuras de dominio y explotación. Las resoluciones diplomáticas casi siempre responden, en mayor o menor medida, a los intereses de ambos participantes, pero eso es un problema cuando la postura de uno no tiene mucho apoyo. Por lo tanto, Estados Unidos generalmente intenta evitar las negociaciones. A diferencia de lo que se afirma en las campañas propagandísticas, hace años que pasa eso mismo en el sudeste asiático, Oriente Medio y América Central.

En este contexto, es natural que el gobierno de Bush (padre) considere a la fuerza militar como un instrumento importante en materia de política exterior, por encima de las sanciones y la diplomacia, como en la crisis del Golfo. Pero como Estados Unidos ahora carece de la base económica para imponer “el orden y la estabilidad” en el Tercer Mundo, depende de otros que pagan, ya que se da por sentada la necesidad de garantizar el respeto debido a los amos. El flujo de ganancias provenientes del petróleo del Golfo ayuda, pero Japón y Europa continental también deben poner lo suyo, mientras Estados Unidos adopta “el papel del mercenario”, como lo aconseja la prensa económica internacional.

El redactor en jefe de la sección financiera del *Chicago Tribune*, un diario conservador, viene haciendo hincapié en esta temática con una claridad extraordinaria. Debemos actuar como “mercenarios bien dispuestos”, remunerados en nuestros múltiples servicios por nuestros propios rivales, utilizando nuestro “poder monopólico” en el “mercado de la seguridad” para mantener “nuestro control sobre el sistema económico mundial”. Debemos impulsar el negocio global de la protección, según sus consejos, vendiéndoles “protección” a otras potencias económicas que nos paguen un “canon de guerra”. Estamos hablando de Chicago, donde las palabras se entienden perfectamente: si alguien te mo-

lesta, llamas a la mafia para que le rompa todos los huesos. Y si te atrasas en el pago del canon, es posible que también sufras problemas de salud.

Por supuesto, el uso de la fuerza para controlar el Tercer Mundo es sólo un recurso de última instancia. El FMI es un instrumento más rentable que los Marines y la CIA, siempre y cuando cumpla con su tarea. Pero la “mano de hierro” debe estar siempre presente de trasfondo, lista para usarla cuando sea necesaria.

Nuestro papel de matones a sueldo también causa problemas en casa. Todas las potencias industrializadas que progresaron cuentan con el Estado para proteger y propiciar los intereses económicos nacionales de los más poderosos, para encauzar los recursos públicos hacia las necesidades de los inversores y para tomar otras medidas por el estilo. Ésa es una de las causas de su éxito. Desde 1950, Estados Unidos procura lograr este objetivo principalmente mediante el sistema del Pentágono, que incluye a la NASA y al Departamento de Energía, encargado de producir armas nucleares. A esta altura, estamos atados a esos mecanismos para mantener la industria electrónica, la computación y la tecnología de avanzada en general.

Otra cosa que sumó problemas fueron los excesos militares del gobierno de Reagan al estilo keynesiano. La transferencia de recursos a las minorías más ricas y otras políticas gubernamentales produjeron una oleada de manipulaciones financieras y un auge del consumo, pero no hubo casi nada de inversiones productivas. El país quedó sobrecargado de deudas en todos los ámbitos: el gobierno, las empresas, las familias y la deuda incalculable de las necesidades sociales insatisfechas mientras nuestra sociedad se va desplazando a la deriva hacia un modelo tercermundista, con focos aislados de riqueza y privilegio en un mar de miseria y sufrimiento.

Cuando un Estado se compromete con ese tipo de políticas, tiene que encontrar la manera de distraer a la población, de evitar que vea lo que está pasando a su alrededor. No existen muchas maneras de hacer eso. La más tradicional es inspirar temor hacia los enemigos terribles que están a punto de superarnos y una gran admiración hacia los líderes que nos rescatan de la catástrofe justo a tiempo.

Ése fue el modelo en Estados Unidos hasta fines de la década de 1980, aunque sostenerlo requirió mucho ingenio cuando la amenaza soviética se volvió más difícil de tomar en serio. Por lo tanto, ese temor por nuestra existencia se des-

plazó hacia Kaddafi y sus hordas de terroristas internacionales, la isla de Grenada y su peligrosa base aérea, los sandinistas a punto de invadir Texas, los narcotraficantes latinos encabezados por el megalómano Noriega y, en general, hacia todos los árabes trastornados. En los últimos tiempos, el enemigo es Saddam Hussein, que cometió su único crimen (el de la desobediencia) en agosto de 1990. Se tornó más necesario reconocer algo que siempre fue verdad: que el enemigo principal es el Tercer Mundo, con sus amenazas de “salirse de control”.

Pero no estamos hablando de leyes naturales. Los procesos y las instituciones que las engendraron pueden cambiarse, aunque eso exigirá cambios culturales, sociales e institucionales de mucha importancia, que incluyan verdaderas estructuras democráticas, ya que la democracia es mucho más que la elección periódica de representantes del mundo empresarial para que administren nuestros asuntos internos y externos.